49

AGENTE FEMENINO

W. SAMPAS

SIP

S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

AGENTE FEMENINO



AGENTE FEMENINO



Agente femenino

por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 14.099 – 1960

Número de Registro: 5.231 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

Printed in Spain

Impreso por Ed. Toray, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



partir de Hounslow y en el centro de una tenaza que, a ambos lados, extiende el Gran Londres, existe una depresión de terreno, que mansamente sigue la carretera que, dirigiéndose hacia Staines Egham, deja entre estas ciudades y Last Bedford una amplia zona en la que, en aquellos momentos, como en la mayor parte del año, flotaba una niebla de una intensidad poco conocida por los londinenses.

Hacía ya dos años que aquella niebla se había asentado allí. Y la gente, sobra todo los pobladores de aquella comarca, al oeste de la gigantesca ciudad, extrañados al principio, habían terminado por acostumbrarse, modificando un tanto el ritmo de su vida y procurando en lo factible salir lo menos posible a partir de la caída de la noche, en la que la natural oscuridad nocturna venía a agravar la ya poca visibilidad que había durante el día.

Jim Malone sabía perfectamente todo aquello.

Llevaba once meses en Inglaterra y desde que había llegado, enviado por la SIP, para investigar un asunto, no había conseguido salir de aquella zona tan distinta a los claros y diáfanos alrededores de Washington, donde vivió desde niño.

Odiaba la niebla en general y aquélla en particular, preguntándose muchas veces cómo los hombres de ciencia no habían conseguido descubrir o inventar la manera de hacer desaparecer aquella niebla que daba a las cosas una indefinible suciedad casi invisible.

Existían ciertamente procedimientos de iluminación supermodernos, focos «antiniebla» que en Londres habían dado resultados magníficos, permitiendo una circulación normal, incluso cuando caía sobre la ciudad el temible «puré de guisantes», aquella niebla que en otros tiempos había conseguido hacer detener toda clase de vehículos, incluso los de la policía y hasta las ambulancias y bomberos.

Pero todos los descubrimientos técnicos habían resultado inútiles en la zona en la que se encontraba Jim, que veía caer la noche con una inquietud que no había dejado de molestarle desde que empezó las investigaciones.

Era verdad que faltaban aún unas tres horas para que comenzase el espacio de tiempo en que las observaciones y vigilancias debían empezar a desarrollarse con toda intensidad. Por eso, fastidiado y molesto, Malone puso en marcha su coche, prefiriendo pasar, antes de lanzarse solo, por la Central de policía de Hounslow, donde tomaría una taza de té, repasando, en compañía del inspector Lawrence, de Scotland Yard, los últimos detalles de la operación que iban a poner en práctica aquella noche.

Mientras conducía despacio, procurando no olvidar que debía pegarse a la izquierda — horrible costumbre inglesa que los tiempos modernos no habían logrado que abandonasen —, fue recordando los detalles del asunto que le habían encomendado.

Y las palabras de Callowan, el día de su marcha, resonaron una vez más con la misma nitidez que las había escuchado aquella magnífica mañana, llena de un sol que penetraba a raudales por la ancha ventana del despacho del jefe de la *Spacial International Police*.

—Muchacho — le había dicho después de invitarle a sentarse ante su enorme mesa —, vas a salir para Londres esta misma tarde. No sabemos aún si lo que vas a investigar en Inglaterra tiene relación con un problema que viene sacándonos de quicio desde hace meses.

«Sabes que controlan exactamente las entradas de mercancías en

Marte, puesto que el comercio está así organizado en la única ciudad que por ahora se ha levantado allí: Curvon City.

«Pues bien: la policía de aquella ciudad, así como los agentes que hemos enviado allí coinciden en denunciar la entrada de mercancías que no lo hacen de manera normal. No hay duda, por lo tanto, que alguien está burlándose de las Aduanas y pasando objetos de valor delante de las narices de los empleados de aquéllas.

«Estamos seguros de que los delincuentes se sirven de alguna astronave; pero, por ese lado, tampoco hemos tenido suerte, ya que las fuerzas de la Space Control, que dependen de nosotros, no han podido detener ni detectar en el espacio ningún astronavío sospechoso.

«Después de estudiar con los jefes locales de la SIP al problema, el d» Londres recogió una información de Scotland Yard: un tal Cookie Zimmer, jefe de una Compañía, muy importante de transportes, se quejaba do la desaparición de vehículos, justamente cuando éstos atravesaban una zona determinada al oeste de la ciudad.

«Quiero que investigues detenidamente este asunto, utilizando cuantos medios necesites...

Un esbozo de sonrisa, que más que nada se convirtió en una mueca, pusó los labios de Jim.

¡Claro que se había ocupado de aquel embarazoso asunto!

Durante casi un año — once meses concretamente — se había movido por la zona marcada por Callowan y que los inspectores de Scotland Yard habían puesto materialmente a su disposición.

¿Y qué había obtenido?

¡Nada!

Ahora, aquella noche, después de comunicar sus nulos resultados a Washington, había obtenido un permiso especial para utilizar todos los medios que creía necesitar para descubrir del todo lo que ocurría entre la niebla en aquel lado de Londres.

Además que fuerzas especiales de la Space Patrol estaban sobrevolando el espacio por encima de Inglaterra, ahondando con sus aparatos detectores una extensa área, un grupo de helicópteros se movían sobre la zona de la niebla y cuatro aparatos especiales de radar y rayos infrarojos estaban desde las colinas vecinas, pendientes de cuantos movimientos ss realizasen en la región.

Por otra parte, agentes de Scotland Yard controlaban los accesos por carretera, tomando nota de los camiones, de sus matrículas, de sus cargas y datos personales de cuantas personas iban en ellos.

La red estaba echada.

Malone podía confiar en aquella estupenda, red, ya que era

completamente imposible que nadie se atreviese a operar en las condiciones de vigilancia que había ordenado poner en marcha.

La pequeña ciudad estaba profusamente iluminada a aquella hora, las diez de la noche. Y fuera del casco de la ciudad la oscuridad era ya completa, incrementada por la densidad de la niebla, que aumentaba por momentos.

La gente circulaba tranquilamente por la calle. Y el agente de la SIP vio a algunas parejas de policías, algunos de ellos sobre potentes motocicletas que debían venir de relevar a sus compañeros de los controles de las carreteras que llegaban desde Londres.

Detuvo su coche junto al edificio gris de la Comisaría, penetrando con placer en el interior cálido de la casa. Después de saludar a los agentes de Scotland Yard que había en un amplio, salón se dirigió al despacho del jefe, que el inspector Lawrence, de Londres, ocupaba provisionalmente [1].

Harold Lawrence era un hombre alto, fuerte, no muy joven, ya que debía haber pasado la cincuentena. Se conservaba, no obstante, en plena forma y su aspecto era aún capaz de ser envidiado por muchos hombres más jóvenes que él.

Al ver entrar al hombre de la SIP se levantó, estrechando la mano de Malone.

—Le estaba esperando. ¡Siéntese, por favor!

Jim lo hizo, encendiendo un cigarrillo mientras el otro jugueteaba con su pipa vacía y apagada.

—Estamos controlando — dijo aún el inspector — todos los vehículos que llegan de Londres y se dirigen hacia el oeste. Hasta ahora sólo se ha tratado de vehículos de turismo. ¡Estaría buena que esta noche no viniese ningún camión!

—No puede ser. Hablé con el señor Zimmer esta misma tarde por teléfono.

— ¿Y qué le dijo?

—Que le habían alquilado cinco camiones que pasarían por aquí.

— ¿Y si los bandidos se dieran cuenta de que les preparamos una trampa?

—No lo creo. Todo se ha llevado con cuidado. Y hasta tengo vigilado al señor Zimmer.

— ¿Sospecha de él?

—No es eso; pero no quiero que nadie se aproveche de su buena fe para tirarle de la lengua.

—Comprendo.

Hubo una pausa, que el hombre de Scotland Yard aprovechó para cargar su pipa.

Después de haberla encendido y llenado casi por completo la habitación de humo prosiguió:

—Creo que el dispositivo es casi perfecto, amigo Malone. Aunque las informaciones de los helicópteros me tienen sumido en una completa perplejidad.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que tanto el radar de los helicópteros como el de las estaciones que hemos instalado no han captado en sus pantallas ninguna astronave..., al menos por el momento.

—No le extrañe. Si lo hacen, procurarán llegar con el astronavío en el momento preciso. No creo que se expongan a hacer evolucionar sus aparatos tranquilamente, sobre todo si saben que estamos por aquí.

— ¿Usted cree que se habrán dado cuenta?

Malone se encogió de hombros.

— ¡Hombre! No deben estar ciegos. Y si tienen, como tendrán, algún «observador» por aquí, se habrán percatado de que las fuerzas policíacas han aumentado. ¿O los toma usted por tontos?

—No es eso — repuso el inspector —. Lo que temo es que, asustados, no se decidan a hacer nada esta noche.

Jim sonrió.

—Ya sabe usted tan bien como yo que los camiones desaparecen tres veces, por lo menos, por semana. Verdad es que el señor Zimmer es el único que se ha quejado; pero, en realidad, ¿cuántas otras Compañías habrán sido robadas del mismo modo?

— ¿Y por qué no han denunciado sus pérdidas?

— ¿«Chi lo sa»? —repuso, enigmático, el hombre de la SIP.

—Sí, claro.

—Voy a irme. No quiero por nada del mundo perderme esta noche lo que pueda ocurrir.

— ¿Qué piensa hacer?

—Seguir la carretera...

El inspector le miró con asombro.

— ¿No será demasiado peligroso?

—No lo creo.

— ¿Es que no se fía usted de todos los que vigilarán la zona esta noche?

—No es eso, inspector Lawrence. Sé que los dispositivos de radar y los rayos infrarrojos, los helicópteros y las astronaves de la Space Patrol van a tejer una red formidable alrededor de la comarca y del espacio que ésta tiene encima; pero, de todos modos, en cuanto pasen los primeros camiones, iré tras ellos. ¡Necesito saber qué es lo que hacen concretamente sin ninguna duda!

El inspector preguntó:

— ¿Quiere que le acompañe?

—No, muchas gracias.

— ¿Y si enviase algunos de mis hombres con usted?

—No es necesario. De todos modos se lo agradezco muchísimo.

Se había puesto en pie con una sonrisa de seguridad en los labios.

—Iré al control que hemos puesto al final del pueblo y esconderé el coche junto a la carretera. Cuando pasen los primeros camiones los seguiré hasta que, como pienso, se detengan para pasar al interior del astronavío.

— ¿Ha pensado usted que la astronave que utilizarán esos granujas debe ser enorme?

—Sí. He pensado en ello y tiene usted razón. A veces se han llevado hasta quince camiones, lo que puede darle una idea del tamaño de las bodegas del astronavío.

— ¿Y cómo no se habrán dado cuenta los de la Space Patrol?

—No lo sé. Estamos viviendo en una época de invenciones constantes. Y la desgracia es que los hombres que están fuera de la ley poseen los medios que no debían estar a disposición más que de los hombres decentes.

— ¿Cree entonces que poseen algún medio de escapar a las astronaves de la Space Patrol?

— ¡Desde luego! Y ésa es una de las cosas que me impele a seguir los camiones. Si puedo sorprender las maniobras tendré bastante...

—Sea prudente, señor Malone.

—Lo seré. Ya sé que solo no puedo atacar a esos hombres; pero sabiendo lo que hacen podremos obrar luego en consecuencia. ¡Hasta luego, inspector!

— ¡Adiós!

Al salir a la calle, Jim se dio cuenta de que la densidad de aquella maldita niebla había aumentado mucho y que le era incluso difícil llegar a ver las cosas del otro lado de la calle.

¡Y ésta no era muy ancha!

Se daba cuenta de las dificultades que tendría cuando, durante la

noche, siguiese a los camiones con la endiablada neblina, que le obligaría a no separarse mucho de los vehículos que le precediesen.

Aquello le hizo preguntarse cómo podrían maniobrar los ladrones de camiones en medio de la dense niebla. Debían poseer algunos aparatos y una iluminación especial para poder dirigir los pesados vehículos hacia las rampas de la astronave que los llevaría hacia Marte.

Por otro lado llegó a la triste conclusión de que, aunque descubriera la manera en que se realizaban los robos, quedaría por dilucidar la forma en que el astronave atravesaba el espacio sin que los vehículos cósmicos de la Space Patrol lograsen descubrirlos.

Eran demasiadas preguntas para ser contestadas de golpe.

Momentos más tarde detenía el coche junto al puesto de control de la policía.

Un sargento se acercó a él.

— ¡Buenas noches, señor! — saludó el sargento al reconocerle.

— ¿Hay novedad?

—Nada hasta ahora, señor. Estamos esperando.

—Voy a colocar el coche a un lado y me quedaré con ustedes.

—Bien. En la caseta hace calor y, por lo menos, ve uno con quién habla.

— ¡Desde luego!

Retiró el coche, dejándolo a un lado de la carretera. Ni los focos de los camiones podrían descubrirlo allí, ya que la niebla se hacía cada vez más opaca.

Penetró en la barraca que había sido expresamente montada para los hombres del control. Vio, antes de atravesar la puerta, la gruesa barra que cortaba la carretera y que debía ser alzada para que pasasen los coches.

Sonrió.

Le pareció, de repente, ser demasiado gafe. No podía fallar todo lo que estaba en pie. Y si los ladrones intentaban algo aquella noche iban a recibir una sorpresa mayúscula.

En el interior de la barraca, y junto a la chimenea donde ardían alegremente unos gruesos troncos, los hombres fumaban y charlaban, aprovechándose del ambiente cálido que allí reinaba.

Todos le saludaron y se retiraron para que pudiera calentarse un poco.

Eran bravos muchachos de Scotland Yard, gente acostumbrada a perder noches y noches sin jamás emitir la menor protesta. Policías

felices que se encontraban en su ambiente en cualquier parte y a cualquier hora.

Sabiendo que el sargento le avisaría, Malone tomó asiento encendiendo un cigarrillo y escuchando con complacencia la charla animada de los muchachos. Así pasó el tiempo, lento, como si se alargase por sí mismo, indefinidamente.

Cuando el sargento abrió la puerta y le llamó, Jim tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tomar contacto con la realidad. El calor de la chimenea, la conversación, el humo de los cigarrillos y la quietud del ambiente le habían aletargado un tanto.

No obstante, se levantó de un salto, yendo junto al hombre que le había llamado y que seguía en el umbral de la puerta.

—Hay cinco camiones en el control, señor.

— ¡Estupendo!

Salieron juntos, cerrando la puerta tras ellos. Malone recibió un halo de humedad desagradable en pleno rostro.

Tuvo que seguir mansamente al sargento para orientarse hacia los camiones, cuyos focos apenas eran visibles. Cuando se acercó oyó la voz de uno de los policías que interrogaba a los conductores, pidiéndoles la documentación de la carga, así como sus documentos personales.

Se detuvo a una cierta distancia dejando que el sargento continuase caminando. Y esperó hasta que aquél volvió a su lado.

— ¿Qué hay? — inquirió.

—Hay tres de la Compañía Zimmer, señor. Los otros dos son de otra Compañía.

— ¿Qué llevan?

—Maquinaria agrícola y abonos.

—Bien. Déjelos pasar. Yo voy tras ellos.

—Como usted quiera.

Malone fue hacia el lugar donde había dejado el coche, poniéndolo en marcha y penetrando de nuevo en la carretera, avanzando hasta que su «auto-radar» se encendió, previniéndole de la proximidad de los vehículos que le precedían [2].

Momentos después, cuando la barrera del control se levantó, Jim apretó con suavidad el acelerador.

La aventura había empezado.

CAPÍTULO II



UANDQ la oscuridad lo envolvió y la niebla le rodeó como un sudario, algo casi material, en el sentido de ser sólido, como un muro grisáceo, Malone no pudo reprimir una sensación especial, pero de ningún modo agradable.

No le pesaba, no obstante, el haber declinado la invitación del inspector Lawrence a acompañarle o hacerle acompañar. Pero allí dentro, dentro de la niebla, se encontraba solo, como si un nuevo sentido de distancia se hubiera impuesto con insistencia.

Sus ojos no se separaban del «auto-radar», que seguía emitiendo su luz verde, lo que demostraba que estaba suficientemente lejos de los camiones como para conservar un margen de seguridad mínimo.

¿Qué iba a ocurrir?

A pesar de haber pensado en ello centenares de veces y hasta haber imaginado aquellas mismas circunstancias, le era imposible creer que las cosas se desarrollarían del mismo modo que él las había imaginado.

Podrían producirse imponderables y eso era precisamente lo que le causaba una sensación de intranquilidad.

La zona que podía considerarse como vital no se extendía más de unas cuarenta millas y Malone sabía que no tardaría mucho tiempo en recibir el aviso del «auto- radar» en el momento que los vehículos que le precedían, se detuviesen.

Así ocurrió unos veinte minutos más tarde. Se encendió la luz roja, dando un margen de seguridad y movimiento al coche del agente, ya que la velocidad no era excesiva. Hasta que el vehículo frenó automáticamente.

Jim saltó fuera, sacando al mismo tiempo la «Lüger Special» del Servicio.

Moviéndose hacia la derecha abandonó la carretera, prefiriendo avanzar fuera de ella, en evitación de encontrarse con alguno de los granujas que estuviese de guardia por allí.

Prestó oído, esperando oír algo, sobre todo los motores de la astronave que debía estar cerca de allí.

Pero ningún sonido llegó hasta él.

Era como si el silencio de la noche se hubiera materializado, convirtiéndose en algo semejante a la niebla, que en aquellos momentos podía ser cortada con un cuchillo.

Malone tenía el impermeable chorreando y gruesas gotas caían de las alas de su sombrero flexible. La respiración se hacía difícil, ya que el aire, cargado de humedad, no permitía otra cosa.

Siguió avanzando.

Hasta que, de repente, el silencio se vio desgarrado por una especie de silbido agudo, que hizo recordar a Malone el ruido del oxígeno líquido al salir de las toberas de una astronave.

¿Cómo podía ser que se hubieran dado tanta prisa?

Loco de rabia y convencido de que los camiones ya habían sido cargados corrió penetrando en la carretera dispuesto por lo menos a ver confirmadas sus hipótesis, que eran, al mismo tiempo, las de la SIP y de la policía inglesa.

Cuando tropezó se dio cuenta de que no podía haberlo hecho contra ningún objeto que hubiese en el suelo.

¡Alguien le había zancadilleado!

Hizo lo posible por ponerse en pie, pero antes de que lo consiguiese una masa brutal cayó sobre él, golpeándole con fuerza. Debatiéndose bajo el peso de su adversario, Jim intentó volver el arma contra su enemigo dispuesto a hacer fuego.

Pero no lo consiguió.

Un golpe fulgurante, propinado con un objeto duro, con toda seguridad la culata de una pistola, hizo que viese las estrellas, experimentando una sensación de general flojedad antes de perder definitivamente el conocimiento...

* * *

Los pies del hombre debían ser enormes, ya que sus zapatos eran colosales. Y Malone, al abrir los ojos, se dio cuenta de que aquellas dimensiones no guardaban relación alguna con el escorzo que el hombre formaba ante él, sentado en una silla, junto a su cabeza, que yacía apoyada en el suelo.

No veía el rostro del desconocido, ya que éste tenía un periódico sobre las rodillas. Pero podía ver la mano, velluda, cubierta por una especie de hilos rojizos y entre cuyos cortos y macizos dedos se mantenía un lápiz, que parecía minúsculo, un juguete de bebé.

Debió hacer algún ruido porque el periódico se hizo a un lado y Jim pudo ver un rostro bestial, de mandíbula prominente, como un hombre de las cavernas, cejas hirsutas sobre un tejadillo que formaba el frontal, otro detalle de primitivismo; ojos azules en lo hondo de unas cuencas profundas, unos labios densos, gruesos, delimitando una boca grande con las comisuras hacia abajo, en una rictus que podía parecer cualquier cosa menos una sonrisa.

Una mueca poco tranquilizadora.

El hombre le miró con curiosidad.

— ¿Has despertado ya?

Malone no dijo nada.

—Ya era hora — siguió diciendo el pelirrojo —. Quería preguntarte una cosa... — señaló el periódico —. Estoy haciendo un crucigrama, ¿sabes?

Jim asintió con un gesto, pero no despegó los labios.

—Busco una palabra de cinco letras que signifique «rey» o algo así.

Todavía no estaba Malone en condiciones de reflexionar sobra el fracaso de su misión. Comprendía, lógicamente, que aquel tipo era el encargado de vigilarle mientras había estado sin sentido y no debía jugar un papel importante en la banda, puesto que bastaba ver su aspecto para darse cuenta de su innata bestialidad.

¡Y, sin embargo, estaba haciendo crucigramas!

— ¿No conoces esa palabra? — volvió a preguntar e pelirrojo —Tú eres un hombre listo..., todos los «polis» lo son. Y más los de la SIP -— esbozó una sonrisa —, ¡Haz un esfuerzo! — insistió —. Una palaba de cinco letras que signifique «rey» o algo parecido.

—«C-é-s-a-r» — repuso fastidiado Malone, pensando que así se lo quitaba de encima.

El otro consultó su periódico y lanzó una risita aguda como un cuchillo.

— ¡Eres un tío grande! —exclamó sin dejar de reír —. ¡Cuando yo decía que eras un hombre listo!

Miró el periódico y lo arrojó lejos.

—Ya lo he terminado — dijo —. Me faltaba solamente esa maldita palabra.

Jim creyó que había llegado el momento de aprovecharse.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí? -— inquirió mirando al coloso.

—Unas horas. Ya ha amanecido.

— ¿Fuiste tú quien me golpeó? —, volvió a preguntar el agente de la SIP.

El otro rio antes de contestar.

— Sí. Fue fácil..., tú no llevabas gafas y andabas a tientas, como los ciegos...

— ¿Qué gafas llevabas tú?

El otro se encogió de hombros.

— ¡Yo qué sé! —dijo, mientras sacaba una navaja con la que empezó a limpiarse los dientes —. Me dijeron que no te hiciese mucho daño, pero te movías como un mono... tuve que pegarte un poco fuerte.

—Desde luego — repuso Malone, recordando el dolor que aún sentía en la parte posterior d« la cabeza.

Le hubiera gustado acariciarse aquel sitio para ver el chichón que el coloso le había hecho; pero tenía las manos atadas a la espalda, de la misma sólida manera que los tobillos.

— ¿Cómo te llamas? —inquirió después de una pausa.

—Joe.

— ¿Sólo Joe?

—Así me llaman todos. Pero mi nombre es Joe Kirby.

— ¿Y no sabes qué piensan hacer conmigo?

El hombre le miró sorprendido, como si aquella pregunta le extrañase.

— ¡Qué cosas tienes! — exclamó después sin sonreír.

— ¿Qué quieres decir?

—Que preguntas unas cosas muy raras. ¿Qué quieres que hagan con un «poli» que ha metido las narices donde no le importa?

— ¿Me matarán?

—Seguramente..., aunque no quisiera que me lo encargasen a mí. Me has resultado simpático y, además, podrías ayudarme a hacer muchos crucigramas.

Malone comprendió la pobre y elemental mentalidad de aquel hombre; pero su sencillez no le quitaba por eso peligrosidad, ya que debía ser cruel por naturaleza, matando si se lo ordenaban sin sentir la menor responsabilidad.

Hubo una larga pausa.

— ¿Estamos esperando a alguien? —preguntó Jim.

—Sí. Creo que César vendrá pronto — abrió los ojos, sorprendido —. ¡Oye! ¡César! Como la palabra que me diste para el crucigrama... ¿No me has engañado, verdad?

—No.

— ¡Nunca pensé que Slack tuviese nombre de rey! ¡Cuando se lo diga va a partirse de risa!

Malone no encontraba divertido nada de aquello. Se daba perfectamente cuenta de que había caído en un cepo del que no iba a salir así como así.

No volvió a hablar, percatándose de que hacerlo significaba perder el tiempo, ya que Joe no iba a sacarle de ninguna duda.

Permanecieron así, en completo silencio, un tiempo que a Malone le pareció interminable. Para encontrarlo más corto se movió en lo

que le era posible hacerlo, echando una limitada ojeada a su alrededor.

Había viejas máquinas por todos los lados en la amplia nave en la que se hallaban. No le fue muy difícil darse cuenta de que aquello debía haber sido un taller mecánico, ya que vio dos fresas, un torno y un martillo pilón, todo ello de tipo anticuado.

Recordaba ahora que al consultar el plano de la región había visto la existencia de un viejo taller abandonado, no lejos de Ashford. Así pudo saber, con cierta aproximación, el lugar en que se encontraba.

«¡Para lo que va a servirme!», pensó, amargado.

Fue entonces cuando la puerta del fondo se abrió, dejando oír el chirriar de sus enmohecidos goznes.

El hombre que se acercaba ahora era mucho más alto que Joe, lo que no quería decir que no lo fuese casi tanto como Malone. Debía tener cerca de seis pies, pero era completamente distinto al coloso.

A medida que se aproximaba a él Jim pudo darse cuenta que pertenecía a esa categoría de «gangsters» que son la mano derecha de los jefes, sobre todo para las «labores», ya que carecen de la inteligencia suficiente para poder hacerse cargo de cosas más complicadas.

Llevaba un traje gris de buen corto y unos zapatos que hacían juego: hasta ahí su elegancia, ya que el sombrero y la corbata, sobre todo ésta, desentonaban de tal forma con el conjunto que hacían sencilla la clasificación, de aquel tipo.

Cuando llegó junto a su compañero se quitó el cigarrillo de los labios y adoptando una «pose» de caballero que debía haber visto en alguna película inquirió con tono displicente:

— ¿Sé ha portado bien, Joe?

— ¡Estupendamente! —repuso si aludido. —. ¿Sabes que es un tío listo?

— ¿Sí?

—Sí. Hasta me ha dicho que tu nombre es el de un rey.

César frunció el ceño, intentando captar lo que estaba oyendo. Finalmente, incapaz de hacerlo, creyó que 1a actitud que iba a tomar era la mejor.

— ¡Imbécil! ¿No te das cuenta de que se ha estado burlando de ti?

Kirby frunció sus espesas cejas.

— ¡Pero si me ha ayudado a terminar el crucigrama!

— ¡Calla, estúpido!

—El jefe — dijo mirando por vez primera al prisionero — me ha mandado para que te haga unas preguntas.

Malone miró al tipo a los ojos sin pestañear.

— ¿Y por qué no ha venido él personalmente?

—Eso no te importa: el jefe tiene otras cosas que hacer que entretenerse y perder el tiempo con un polizonte.

— ¿Aunque sea de la SIP?

El «elegante» se encogió de hombros.

— ¿Y eso qué importa?

Giró sobre sus talones como si ejecutase un difícil paso de baile, alejándose hacia el lado izquierdo de la sala. Estuvo examinando allí el cuadro de distribución de la electricidad y bajó luego la palanca, haciendo que se oyese el rumor de los motores.

Luego volvió junto a los otros dos.

—Yo tampoco tengo mucho tiempo que perder contigo — dijo mirando al agente —. Así que voy a preguntarte lo que me han ordenado. Y si tienes un poco de cabeza contestarás rápidamente...

Jim no dijo nada.

Hubo un corto silencio; después dijo César:

—Queremos saber qué habéis hecho para descubrirnos: todo, ¿entiendes?

Malone esbozó una sonrisa.

¿Conque les interesaban las medidas tomadas, eh?

Aquello significaba que no estaban muy seguros de lo que hacían y que empezaban a temer ser descubiertos.

— ¿Es que no me has oído? —insistió Slack,

— ¡Claro que te he oído! — rezongó el agente—. Pero como si no hubieras dicho nada.

El otro sonrió, mostrando unos dientes bien cuidados y bastante iguales, sobre todo los de oro que adornaban la parte derecha de la boca.

—Te creía más inteligente — musitó sin dejar de sonreír. Y volviéndose al otro llamó—: ¡Joe!

— ¿Qué hay?

—Cógelo y llévalo a aquella mesa.

Para el coloso el peso de Malone debía ser una pacotilla, ya que lo elevó sin el menor esfuerzo, dejándolo, como el otro le había ordenado, sobre una mesa amplia que estaba al lado de las máquinas.

—Acerca la mesa al martillo pilón…

Joe cogió la mesa con el agente encima.

— ¡No, idiota! Los pies hacia la máquina — le dijo César viendo que se equivocaba.

—Bueno.

Malone no pudo evitar una sensación desagradable, ya que se imaginaba, aunque no por completo, lo que iba a ocurrir.

Pero no despegó los labios.

Una vez junto al martillo pilón, con los pies rozando la plataforma que servía de punto de apoyo a la masa de acero, que amenazaba desde cuarenta centímetros más arriba, César se puso a su lado.

Había encendido un cigarrillo y sus ojos parecían expresar la burla que aquella situación le provocaba.

— ¿Vas a hablar, «poli»? Ya, ves que no nos andamos por las ramas. Quiero que me digas todo lo que habéis hecho en esta zona. No nos creas tontos, estábamos esperando la ocasión de cazarte, pero la verdad es que eres escurridizo como una anguila. Por suerte, tú mismo viniste amablemente a nuestros brazos.

—Yo no sé nada de lo que me preguntas.

— ¡No seas embustero! Sabemos que, por el contrario, has sido tú quien ha ordenado todo. Oímos perfectamente el vuelo de los helicópteros, aunque eso nos importa poco, pero debe haber otras cosas y ésas sí que queremos saberlas. ¿Hablas?

Malone se mordió los labios.

—Como quieras.

César alargó el brazo, bajando la palanca del contacto. Inmediatamente los quinientos kilos de acero empezaron a martillear con un ruido estremecedor la masa metálica de la base.

A la vista de aquella masa que golpeaba la base a una velocidad de unos quince golpes por segundo, Malone no pudo evitar un estremecimiento.

Si la amenaza del «gangster» se concretaba, ¿qué iba a ser de él? Bajo aquel martillo espantoso los metales más duros cedían fácilmente…

César hizo parar la máquina.

— ¿Te decides, idiota? — inquirió, serio, fijando en el agente su brillante mirada.

El sudor perlaba la frente de Jim.

Estaba haciendo trabajar su cerebro a toda marcha, pensando en

lo que podía decir sin comprometer el asunto; pero cuanto más lo pensaba, se decía que «algo» de lo que habían hecho podría descubrir los manejos de aquellos canallas, cuyo nerviosismo era ya un pequeño triunfo.

¿Y si al hablar para salvarse decía «precisamente» lo que no debía decir?

— ¡Empújale un poco, Joe! ¡Sólo los pies!

La mesa se movió.

Y de repente, cuando el martillo pilón se puso en marcha, una sensación de horrible dolor, francamente incalculable, recorrió el cuerpo del agente haciéndole lanzar un grito de horror.

El martillo había parado.

Con los ojos arrasados de lágrimas, Jim intentó concentrar sus sentidos en sus pies, que ahora le parecían dormidos. Pero no se hacía ilusión alguna y se imaginaba fácilmente en qué horrible estado debían haber quedado.

¡Inútil para toda su vida!

Por eso, desesperado, venciendo el dolor que le causaba lo ocurrido, se volvió cuanto pudo hacia César.

Y con las pupilas brillantes como ascuas le dijo;

— ¡Sigue, maldito! ¡Sigue! Termina conmigo… por que puedes estar seguro de que algún día pagarás lo que has hecho ahora.

Slack lanzó una carcajada.

— ¡Me estás haciendo temblar! ¿Vas a hablar, sí o no?

— ¡Vete al infierno!

El «gangster» se volvió al coloso.

— ¡Ahora las manos, Joe! ¡Aprisa! ¡Ya verás cómo habla!

El martillo pilón se puso en marcha.

Pero Malone no habló.

En realidad, aunque hubiera querido hacerlo no hubiese podido. Porque perdió el conocimiento al tiempo que una sensación indescriptible le penetró por todo el cuerpo.

CAPÍTULO III



L hombre, con su bata, blanca, avanzó por el largo pasillo. Una mueca parecía haber estereotipado la expresión de su rostro. Y sobre su cráneo libre de pelo las luces del pasillo describían una corta y efímera trayectoria, a medida que el hombre pasaba bajo ellas.

Cuando terminó de recorrer el pasillo, el hombre abrió una puerta y su expresión dejó de ser seria para dejar que un asomo de sonrisa le subiese a los labios.

Luego avanzó hacía Donald Callowan, que estaba allí, en pie, con un cigarrillo entre los labios.

— ¿Qué hay, Pat?

Pat Sullivan, el médico de la Spacial International Police y uno de los técnicos en Biología más hábiles del mundo, hizo un gesto indicando a Callowan dos sillones que había en uno de los rincones de la amplia sala.

Callowan asintió, tomando asiento, cosa que hizo el doctor, encendiendo también un cigarrillo.

—Es lamentable — dijo Pat después de haber expulsado un hilillo de humo.

— ¿Tan mal quedará?

—No es eso. Malone es un chico fuerte y, a pesar de los horribles destrozos, seguirá viviendo, aunque perdió muchísima sangre. Pero todo eso pertenece al pasado...

Hizo una pausa, clavando su mirada en el suelo.

—Es la moral la que me preocupa. El choque es demasiado grande para hacerse ilusiones y pensar que un hombre joven y fuerte puede aceptar una mutilación como ésa así como así...

— ¡Canallas! — dejó escapar entre dientes como un silbido el jefe de la SIP.

—Creo que podremos adaptarle miembros artificiales y que llegará, con paciencia, a servirse de ellos. Pero date cuenta, Donald, de cómo debe estar el espíritu de ese muchacho... Hubiera sido preferible que acabasen con él — dijo el interlocutor de Callowan.

— ¡No! Prefiero que viva... ¿Crees que me hace gracia lo que le ha ocurrido? Pero quiero que siga vivo... aunque no sea más que para ver que la SIP le venga.

—De eso está seguro.

Donald preguntó:

— ¿Te lo ha dicho?

—Sí. Y quizá sea eso lo que le mantiene un tanto normal; aunque a veces se derrumba llorando como un chiquillo.

Callowan se mordió los labios.

—Es natural. ¡Pobre muchacho! Y no es eso lo peor...

Pat levantó la cabeza, mirando a su amigo.

— ¿Su hermana, verdad?

—Sí. He conseguido hasta ahora mentirle, diciéndole que Jim sigue en Inglaterra. Espera tu pronóstico y que las cosas se arreglen un poco, ya que no quería que el golpe fuese demasiado grande para ella.

—Te comprendo.

—Pero empieza a «mosquearse». Ya comprenderás que no puedo mentirle por más tiempo. ¡Maldita sea! ¡Vaya casualidad que Malone tuviese una hermana y que ésta fuese agente de la SIP!

Hubo un silencio.

— ¿Vas a decirle la verdad? —preguntó Pat.

— ¿Y qué quieres que haga? Tarde o temprano Verónica Malone debe saberlo. Y puesto que tú dices que podréis arreglar al muchacho, lo mejor es que su hermana lo visite.

—Desde luego.

— ¿No te ha hablado él de ella?

—Sí.

— ¿Qué te ha dicho?

—Que no quiere verla; es decir, que no quiere que ella le vea.

—Es lógico. Pero ella debe venir... y lo hará hoy mismo.

— ¿Vas a decirle la verdad?

—Es lo mejor. Si se la disfrazase, jamás podría perdonarme.

— ¿Y del asunto de Londres?

Los ojos de Callowan brillaron como ascuas.

—Ya he tomado mis medidas.

— ¿Has enviado al «Equipo de Ejecuciones»? [3],

—No he podido. Están ahora ocupados en otro asunto; pero no te preocupes, cuando te digo que he tomado mis precauciones puedes estar seguro de que lo he hecho.

—Desde luego.

—Yo no sé si el asunto será largo o corto, pero esos canallas pagarán lo que han hecho a Malone.

— ¿No se sabe nada más de Marte?

—Lo de siempre. Las mercancías siguen entrando en el planeta de una forma inexplicable.

— ¿Y la Space Patrol?

—Nada. Se multiplican sin descanso alguno yendo de un lado para otro, pero sin resultado apreciable. ¿Cómo diablos harán para llegar hasta allí sin ser detectados?

— Es un problema.

—Sí, ya lo sé. Sin embargo, cuando hablé con Malone, el muchacho estaba seguro de que algo les daba miedo... ¡Daría cualquier cosa por saber qué es ese «algo»!

—Bueno. Hay que hacer de tripas corazón: voy a convocar a la muchacha y decirle la verdad — dijo, poniéndose en pie.

— ¡Menuda papeleta!

— ¡No lo sabes tú bien! ¡Hasta ahora, Pat!

— ¡Hasta ahora, Donald!

Abandonó la estancia el jefe de la SIP, tomando el camino que conducía a la salida. Una vez fuera respiró el aire tibio que venía de los árboles del inmenso parque, yendo hacia el edificio donde estaba su despacho.

Mientras caminaba, atravesando el amplio jardín, miraba a los edificios que constituían la Central de la Spacial International Police, diciéndose que muchos de los muchachos que salían de allí estaban destinados, por desgracia, a sufrir tormentos como los que habían hecho padecer a Malone.

Y ellos lo sabían.

No obstante, impregnados hasta el tuétano del honor y el sentido del deber, iban a las más peligrosas misiones con una hermosa y juvenil sonrisa en los labios.

Eran los defensores de la Ley y el Orden, los que hacían posible que millones de seres pudieran dormir tranquilos, rodeados de sus familias; que miles de hombres se sintieran seguros luchando en

honestos negocios, que la vida, en fin, fuese soportable para todos.

Aunque de vez en cuando, como en el caso de Jim Malone, un muchacho quedase inútil para toda la vida, en plena juventud, cuando tenía el mismo derecho que los demás a exigir de la existencia lo que ésta debe a todo ser racional que nace.

Cerró los puños.

Había hombres, como los que habían torturado a Jim, que no merecían nada; es decir, merecían un castigo que nada ni nadie evitaría que recibiesen, más o menos tarde.

Pero Donald prefería que fuese pronto.

Una vez en su despacho pulsó el interfono, llamando a su secretaria.

—Convoque a la señorita Verónica Malone. Inmediatamente.

—Sí, señor.

Donald encendió otro cigarrillo.

Estaba nervioso, a pesar de su sangre fría habitual. Porque no se acostumbraría nunca a aquellas misiones que le dejaban el corazón lleno de dolor.

Hubiese preferido que otro diese a la muchacha la tremenda noticia; pero, por otro lado, ¿quién poseía personalidad y autoridad suficientes para hacerlo?

Llamaron a la puerta.

— ¡Adelante!

Verónica penetró en el despacho.

Era una muchacha alta, hermosísima, con una cabellera rubia dorada y unos preciosos ojos azules. Su piel era clara y su cuerpo reunía todas las perfecciones que pudieran exigirse de la belleza femenina.

Iba vestida con un sencillo traje sastre que se ceñía estrictamente, envolviéndola como un guante.

— ¡Buenos días, Verónica!

—Buenos días, señor Callowan.

—Siéntate.

—Gracias — y sin poder contenerse preguntó —: ¿Noticias de Jim, por fin, señor?

Callowan hizo un esfuerzo.

—No muy buenas, muchacha.-—dijo sin rodeos.

Ella se mordió los labios.

—Me lo temía — dijo después de una corta pausa.

— ¿Muerto? —inquinó mirando fijamente a su jefe.

— ¡Oh, no!

Se había dado cuenta de que tenía ante él a una muchacha entera, que estaba dispuesta a conocer la verdad. Fuera la que fuese.

Así, sin más ambages, le dijo todo, procurando, no obstante, detenerse lo menos posible en los terribles detalles de la tortura.

Verónica, inmóvil, se había puesto mortalmente pálida, pero hacía esfuerzos para contenerse, cosa que, por el momento, lograba a maravilla.

—No sabes cuánto lo lamento — terminó diciendo Callowan —. Pero, por otra parte, no olvides que no quedará inútil.

Sólo entonces asomó a los ojos de la muchacha el brillo efímero de unas lágrimas.

Se secó con un pañuelito.

— ¿Está en nuestro hospital, señor?

—Sí. El doctor Sullivan se ocupa personalmente de él.

Verónica preguntó:

— ¿Puedo verle?

— ¡Desde luego!

Ella se levantó yendo hacia la puerta; pero antes de llegar se volvió.

— ¿Puedo pedirle algo, señor?

— ¡Lo que quieras!

—Deseo encargarme del asunto que estaba investigando Jim.

Tan grande fue la sorpresa que experimentó Callowan que se quedó con la boca abierta mirando a la muchacha sin saber qué decir.

Por fin dijo rehaciéndose:

—Pero...

— ¡Quiero hacerlo, señor! No voy a detenerme en consideraciones que usted comprende mejor que yo.

—Es muy peligroso, pequeña.

— ¿Cree que me hice agente de la SIP para pasear por el parque de la Central?

—No digas eso. Has hecho algunas misiones...

—Nada importante. Y ahora, señor, se me presenta una ocasión única.

Callowan meneó la cabeza.

—No puedo, Verónica..., de veras.

Los ojos de la joven lanzaron chispas.

—En ese caso, señor Callowan, lamento tener que presentar mi dimisión.

—Pero...

—Haré la investigación por mi cuenta, señor, si no me autoriza a hacerlo como agente de la SIP.

Donald emitió un suspiro.

¡Pedazo de testaruda!

¿Es que no se daba cuenta de que era completamente imposible enviarla justamente al sitio donde su propio hermano había sufrido la más horrible de las torturas?

Y así se lo dijo.

— ¿Quieres que me pase las noches en vela, Verónica, pensando qué jugarreta te estarán haciendo en ese momento? ¿Olvidas que eres mujer?

—Nunca lo he olvidado, incluso cuando usted me autorizó a pertenecer a la SIP.

¡Una buena indirecta!

Hubo una pausa.

—Deja que lo piense. Vuelve mañana por la mañana... ¿De acuerdo? — dijo después Callowan con un gesto vago.

—Como usted quiera. Pero ya sabe que estoy dispuesta a ir con la SIP o sin ella.

Salió, cerrando la puerta tras ella.

¡Menudo genio!

En el fondo, Callowan estaba halagado de aquella bravura, que le demostraba la integridad de sentimientos de sus agentes.

Pero aquel diablo de muchacha...

* * *

El comunicante era uno de los agentes destacados en Marte y que, junto a las fuerzas policíacas de las Aduanas, investigaba la llegada fraudulenta de mercancías a Curwon City.

—Han llegado nuevas cargas, señor — decía —. Maquinaria agrícola, víveres en conserva, calculadores. No tenemos datos concretos, pero la suma total de lo que ha llegado no debe ser inferior a dos millones de créditos.

— ¿Cómo lo habéis sabido?

—Un borrachín habló demasiado en un bar de la ciudad, señor.

—Comprendo. ¿No pudisteis encontrar huella alguna en la zona fronteriza?

—No.

— ¿Y el radar?

—Nada, señor. Tampoco percibieron nada los muchachos de la Space Patrol.

— ¡Maldición! ¡Van a volvemos locos!

— ¿Y los camiones, muchacho? —preguntó después de una pausa.

—Sabemos que hay en la ciudad muchísimos más de los que han sido matriculados. Pero ya sabe usted que no podemos hacer nada. El Estatuto de Marte dice que el control sólo debe hacerse en la zona fronteriza, pensando lógicamente que nadie podría llegar a la ciudad sin pasar por allí.

— ¡De eso se aprovechan esos bandidos!

— ¿Y por qué no modificar el Estatuto, señor?

—Imposible. Los tipos del Consejo Mundial se reirían ante nuestras narices, ya que les demostraríamos nuestra impotencia.

—Comprendo.

— ¿No hay nada más?

—Nada, por el momento.

—Está bien. Comunícame cualquier cosa por pequeña que sea.

—Así lo haré, señor.

Callowan cortó la comunicación, echando pestes en voz baja. Y fue en aquel momento cuando alguien llamó a la puerta.

— ¡Pase!

Verónica apareció en el umbral, seria, digna, con un traje de mañana de excelente corte.

Donald, que había olvidado aquella cita, frunció el entrecejo, diciéndose que las complicaciones no terminarían nunca para él.

—Pasa y siéntate, pequeña.

Ella obedeció.

Un silencio pesado se estableció entre ellos.

— ¿Viste a Jim? — preguntó Callowan, que era el que estaba más nervioso de los dos.

—Sí. He pasado toda la noche a su lado.

Donald preguntó:

— ¿Qué tal se encuentra?

Ella se mordió los labios antes de contestar.

— Desesperado, aunque he hecho lo imposible por devolverle un poco de moral y de esperanza.

— ¿Le has dicho que iban a colocarle prótesis en las manos y en los pies?

—Sí.

Una nueva pausa.

Callowan se pasaba la lengua por los labios, sabiendo que debía decidirse inmediatamente.

Volvió a suspirar.

—Lo he pensado bien, Verónica...

— ¿Y qué? —contestó ella sin pestañear.

—Voy a enviarte a Inglaterra.

Los ojos de la muchacha adquirieron un brillo de triunfo. '

— ¡Gracias, señor!

— ¡Un momento! ¡Un momento! —atajó él, cortando la alegría de la muchacha —. Voy a enviarte a Londres, pero vas a seguir mis instrucciones al pie de la letra, sin salirte de ellas para nada.

—Lo haré así.

—Eso espero. Voy a explicarte ahora lo que deseo que hagas. Me interesa conocer lo que ocurre en el ambiente de los conductores de camiones...

—Entiendo, señor.

La miró fijamente.

— ¿Te das cuenta de la clase de tipos que vas a tener que frecuentar?

—Sí.

— ¿De veras que sabes qué clase de hombres son esos?

—No me importa.

Callowan se rascó el mentón.

—Vas a meterte en un buen lío, muchacha, te lo advierto. Pero como sé que de nada van a servir mis consejos para hacerte desistir, lo que sí deseo es que no te separes ni un milímetro de las instrucciones que voy a darte.

—Puede confiar en mí, señor.

— ¿Aunque te encontrases ante los que torturaron a Jim?

—Aunque así fuese.

—Bien. Saldrás esta misma noche..., es importante que cambies

de apellido, aunque el nombre puedes usarlo sin peligro: a partir de ahora te llamarás Verónica Lambert.

—Bien.

—Ve al departamento de documentación y que te entreguen tu pasaporte y el resto de los papeles. ¿Contenta?

— ¡Muchísimo, señor! Y espero estar a la altura de un agente masculino.

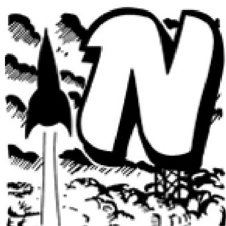
—Mucha suerte, Verónica Lambert.

— ¡Gracias, señor!

Después de estrecharse la mano, Callowan la siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró tras ella.

Luego, el jefe de la SIP lanzó un suspiro y sonrió, como solía hacerlo cuando movía una pieza en el tablero sin que nadie se hubiera dado cuenta de ello. -

CAPÍTULO IV



O lejos del Támesis Verónica tomó alojamiento en un hotel de tercera categoría. Londres, desde su llegada, le pareció una ciudad triste, oscura, inmensa al mismo tiempo, como nunca hubiera podido imaginar.

Una vez instalada, colgadas sus ropas en el interior de los armarios y cambiada para salir, lo hizo, dirigiéndose hacia el edificio que ocupaban los Transportes Zimmer, para cuyo director llevaba una carta que Callowan le había dado, pero que no procedía de la SIP, sino de un fabricante de coches americano.

La Zimmer estaba instalada en las cercanías de la Strand y ocupaba un soberbio almacén, de construcción moderna y reciente, con la parte baja destinada totalmente a garaje, donde había muchos camiones que no estaban en aquellos momentos de servicio.

La muchacha descubrió una entrada demasiado pequeña para ser la principal. Pero lo era. Verónica penetró en el ascensor que, instantes más tarde, la dejaba en un amplio «hall», con un mostrador al fondo.

Se acercó a una morenita simpática, a la que preguntó por el señor- Zimmer.

— ¿Está usted citada con él?

—No. Pero me han dado una carta para él. Aquí la tiene.

El sobre estaba cerrado, pero el membrete era lo suficientemente importante y conocido para que la muchacha del mostrador asintiese.

—Tendría la amabilidad de sentarse un poco, señorita. Voy a enseñarle la carta al director.

—Muchas gracias.

Momentos más tarde la morenita volvía, haciendo un gesto a Verónica, que se acercó de nuevo al mostrador.

— ¿Ve usted aquella puerta del centro?

—Sí.

—Entre sin llamar. La secretaria particular del director la introducirá en el despacho del señor Zimmer.

—Bien.

Obedeciendo las instrucciones que acababa de recibir el agente de la SIP terminó siendo acompañada por otra joven muy linda en el grande y enorme despacho del director de la Compañía.

Cookie Zimmer se levantó cuando la muchacha entró.

Era un hombre bajito, regordete, extraordinariamente bien vestido, con una elegancia de buena clase, Tenía el rostro redondo, con una frente amplia y unos pocos cabellos pajizos que apenas si cubrían un tercio de su flamante calva. Ojos pequeños, grises, bigote recto y del mismo color paja que su cabellos, labios un tanto gruesos. La nariz era prominente y de gran tamaño.

Tenía la carta abierta sobre la mesa e hizo un gesto con la mano señalando un asiento a la muchacha, a la que devoraba con los ojos.

Verónica, mientras se sentaba, comprendió la cantidad de bellezas de las que se había visto rodeado aquel hombre.

No debía ser muy cómodo trabajar con él. Sobre todo cerca.

— ¿Así que ha trabajado usted — preguntó él — con la Car Stesson?

—Así es, señor.

—Charles Stesson es un viejo amigo mío... y también soy uno de sus mejores clientes, ya que más de la mitad de mis vehículos provienen de su fábrica.

—Ya lo sé, señor.

Él señaló la carta.

—Aquí se dice que es usted una empleada eficiente y que está acostumbrada, sobre todo, a las tareas de organización.

—Es mi especialidad.

—Muy bien —- no dejaba de mirarla con insistencia y ella se sintió un poco molesta y nerviosa —. Desde luego queda usted admitida. Puede empezar hoy mismo..., si lo desea.

—Cuanto antes mejor.

—Hay un sitio que le convendría de momento, aunque no es lo que le reservo para un próximo futuro...

Ella dominó, de milagro, un estremecimiento.

—La sección de control de salidas y entradas en el garaje. No, no se preocupe. Estará usted fuera de esos sucios conductores, que no tendrán más que presentarse un instante para darle su hora de salida o recibir instrucciones de usted.

— Comprendo.

— Voy a decir a Linda que la acompañe.

Pulsó un botón, uno de los muchos que había sobre un cuadro, encima de la mesa y a su derecha.

Y la linda — no sólo de nombre:— secretaria apareció.

— ¿Diga, señor?

—Lleva a la señorita Lambert a la Sección de Control.

— ¿Abajo?

—Si.

Las dos muchachas, salieron. Y en cuanto estuvieron en el «hall», dirigiéndose al ascensor Linda, volviéndose hacia la otra, le dijo:

— No creo que te guste estar abajo.

— ¿Por qué no iba a gustarme?

—Huele demasiado mal — rio Linda.

Verónica se mordió los labios. Y dándose cuenta de que la otra deseaba burlarse de ella o darle miedo, le contestó:

— ¿Huele mejor en el despacho del jefe, verdad?

Linda enrojeció hasta las orejas.

— ¿A qué viene eso?

—No es por nada. ¿Vamos? — dijo Verónica sonriendo y encogiéndose de hombros.

Linda no despegó los labios hasta dejar a la joven en la planta primera, en una especie de caja de cristal desde la que se dominaba la totalidad del garaje.

Una vez sola y sin hacer mucho caso al «¡que te diviertas!» que le lanzó insolentemente su compañera, Verónica se dio cuenta de que el garaje estaba dividido en zonas paralelas por medio de gruesas líneas blancas que las delimitaban entre sí. Había ocho zonas, de diez compartimientos cada una, lo que llegaba a ochenta el número de camiones que podían alojarse allí.

Había en su despacho un cuadro de distribución, de funcionamiento electrónico, que reflejaba sin necesidad de mirar al garaje el número de coches y la posición de cada uno. Por otra parte, en el otro lado de la pared, un cuadro semejante determinaba los números de los camiones en servicio y los lugares donde se hallaban en aquel momento.

Verónica descubrió un pequeño cuadro, debajo del anterior, que marcaba los desaparecidos; es decir, los camiones, un total de quince, que habían sido robados en la zona de la niebla.

La muchacha, dedicó la totalidad de la mañana a imponerse en su nuevo trabajo, pero diciéndose que su misión era la de adentrarse en el mundo de los chóferes, únicos que podrían conducirla hacia la banda.

Comió en un restaurante cercano, propiedad de la Compañía, regresando al trabajo. Durante la tarde los chóferes fueron presentándose, tomando nota de las misiones de transporte que debían hacer la mañana siguiente. Ella les fue dando los detalles, observándolos con atención, sin llegar a descubrir nada de interés.

Hasta que entró uno de ellos.

Era un hombre joven, alto, más limpio en general que los otros, con un mono gris, como los demás, pero con los pliegues del pantalón cuidadosamente planchados.

—Me llamo Johnny — dijo — y tengo el número 208.

—Un momento, por favor...

Sintió perfectamente, mientras consultaba las instrucciones que le habían enviado del despacho del jefe de servicio, que el joven la estaba detallando con insolencia.

—Mañana no hay salida para su camión, Johnny...

La expresión del rostro del hombre cambió como por encanto. Había fruncido el entrecejo y sus ojos lanzaban llamaradas.

— ¡No puede ser! —dijo, por decir algo, conteniéndose a duras penas.

—Aquí está escrito...

Fue entonces cuando él estalló:

— ¡No hay derecho! ¿Cree que puedo estar dos semanas sin salir, con quince créditos a la semana? ¿Qué se han creído ustedes? ¡Está visto que no puede uno portarse bien! ¡Pero yo sé lo que tengo que hacer y ya verá cómo me procuro un trabajo que me deje mil créditos en un solo día! ¡Aunque desaparezca con el camión!

Algo hizo suponer a Verónica que acababa de escuchar unos datos muy interesantes.

— ¿Por qué se disgusta usted así, Johnny? — inquirió mirando al joven.

Había utilizado un tono de voz especial y él enarcó las cejas.

Pero convencido de que aquel tono no tenía nada que ver con su situación actual, el joven contestó:

— ¡A mí me gusta salir como a los demás, con dinero de sobra en los bolsillos! ¿O es que cree que no me gusta beber e ir con chicas como a los otros? — la miró en silencio; luego dijo —: ¡Claro que no

con chicas como usted, que sólo puede pagarse el viejo!

Verónica sintió que el calor, una oleada sofocante, le subía al rostro.

— ¡Yo no tengo nada que ver con el viejo! — dijo sin poderse contener.

Él rio con franqueza y simpatía.

— ¡Eso me gusta más! Pero no será capaz de demostrármelo...

— ¿Cómo?

—Muy sencillo: salga conmigo esta noche.

Era una oferta tentadora, aunque no estaba exenta de peligros. Pero Verónica se sentía con fuerza para domeñar lo que se presentase.

Hizo como si reflexionase.

— ¡De acuerdo, Johnny! ¿A qué hora?

La expresión que apareció en el rostro de él estuvo a punto de hacerla reír a carcajadas.

— ¿De veras que va a salir conmigo?

De veras.

— ¡Estupendo! A las ocho estaré en el bar de la esquina, esperándola... si es que viene — agregó con un tono de duda en la voz.

—Iré.

— ¡Hasta luego, entonces!

—Hasta la vista, Johnny.

Al quedarse nuevamente sola, Verónica no pudo negarse el afirmar que la suerte había empezado pronto a favorecerla. Aquél era su primer día de estancia en Londres, y, si las cosas seguían por el mismo camino, no tardaría mucho en entrar en contacto con los hombres «que prometían a los chóferes mil créditos en un solo día».

Porque de eso debía tratarse lo que había dicho Johnny.

El resto de la jornada lo pasó entrevistándose con otros conductores. Y no fue la de Johnny la única proposición que escuchó, aunque supo declinarlas todas con astucia y amabilidad.

Cuando terminó su trabajo y se disponía a marcharse, el teléfono de su pequeña jaula de cristal, eso era lo que le había parecido su despacho, sonó con insistencia.

— ¿Diga? — inquirió después de descolgar el aparato.

La voz de Zimmer se dejó oír en el otro extremo del hilo:

—Soy el director, señorita Verónica... iba a preguntarle qué le ha parecido su primera jomada de trabajo.

—Muy bien.

— ¿No ha habido dificultades?

—En absoluto. ¿Es que temía usted que las hubiese?

—No, no es eso..., pero los conductores no saben estar siempre a la altura... compréndame... son gente vulgar, ineducada, ruda... Por eso he estado preocupado por no haberme acordado de decirle que si alguien se permitía molestarla me lo dijese para castigar al grosero que lo hiciese.

—Nadie me ha molestado, se lo aseguro.

— ¡Me alegro! ¡Me alegro! Es usted una mujercita de carácter y eso es muy importante para el puesto que ahora ocupa..., aunque está claro que no se detendrá usted en él. ¡Hay en la Zimmer otros puestos mucho mejores para una muchacha tan deliciosa como usted!,

Su voz había tomado un tono tan repugnante, tan incisivo al mismo tiempo, que la muchacha temió por un instante una invitación que ella estaba muy lejos de aceptar.

Estaban claras las intenciones del «señor» Zimmer.

— ¿No cree usted, señorita Lambert, que deberíamos festejar su llegada a esta casa con una buena cena en mi apartamento?

¡Ya estaba!

Verónica no pudo contener una sonrisa.

Después, muy dueña de sí misma, le contestó:

—Es algo que me conmueve, señor Zimmer; pero, por favor, ¿no podíamos dejarlo para mañana? He llegado hoy a Londres y no he descansado ni un solo instante, empezando a trabajar en seguida... ¡Estoy rendida, señor Zimmer!

— ¡Qué estúpido soy! ¡Perdóneme, pequeña! Desde luego... descanse mucho y sueñe con los angelitos... ¿Hasta mañana, eh?

—Hasta mañana.

Al dirigirse al bar en el que el muchacho la esperaba, Verónica contempló la ciudad, profusamente iluminada, diciéndose que no había tenido ocasión alguna en aquel primer día de pensar por un momento en su hermano. Sabía que estaba fuera de peligro y que el doctor Sullivan haría todo lo posible por paliar su horrible mutilación.

Pero Jim había estado allí, había paseado por aquellas calles, como cualquier otro... «con sus pies y sus dos manos», que ahora ya no tenía.

Se estremeció.

¡Hubiese dado cualquier cosa por poder castigar a los culpables con sus propias manos!

Y hablando de ellos, ¿podría resistir el ansia de matarles si la suerte la ponía ante ellos?

Sí, le dijo su conciencia. Has prometido a Callowan no tomar iniciativas importantes sin consultarle. No olvides que eres una agente de la SIP y que debes obediencia a tu superior.

Cuando penetró en el local una silueta masculina avanzó prestamente hacia ella.

Era Johnny.

Pero un Johnny completamente desconocido, vestido con una cierta elegancia, un poco ridícula, eso sí, pero franca, y limpia como ella esperaba.

La cogió del brazo mientras se dirigían a la mesa que él ocupaba.

— ¡Ha venido usted! ¡Ha venido! —exclamó él, como si no hubiera contado ni un solo momento con su llegada, considerándola imposible.

—No tengo más que una palabra.

Se sentaron y ella, ante la insistencia del muchacho, accedió a tomar un cóctel.

Él la devoraba con los ojos, complaciéndose en comprobar las miradas de envidia que le dirigían los otros hombres. Y es que Verónica estaba bellísima con aquel traje sastre gris perla, su «chemisier» negro y su hermosa cabellera rubia que le caía sobre los hombros.

Hubo una larga pausa.

— ¡Qué hermosa es usted! — exclamó Johnny sin poder contenerse —. ¡Y qué contento me ha puesto el verla llegar!

Ella le miró, sonriente.

— ¿Por qué no nos tuteamos, Johnny?

— ¿De verdad que lo quiere?

Se bebió él el contenido de su vaso y Verónica vio que ya había cuatro, igualmente vacíos sobre la mesa, sin contar el suyo.

Los efectos del alcohol no tardaron en hacerse patentes en la conducta del muchacho, que se tornó más incisivo y atrevido.

— ¿Dónde vamos a ir, preciosa? ¡Y ahora que recuerdo, no conozco aún tu nombre!

—Me llamo Verónica.

— ¡Estupendo! ¡Un lindo nombre! ¿Dónde vamos?

—No sé, no conozco la ciudad...

Él estaba lejos, soñando con algo impreciso.

— ¿Qué te ocurre? —inquirió ella, extrañada.

—Que estoy de mal humor al pensar que no puedo ofrecerte algo que tú merezcas..., no tengo casi dinero.

Ella lanzó una carcajada.

— ¡Yo llevo algo!

— ¿Por quién me has tomado, Verónica? ¡No! Ahora se me ha ocurrido algo. Después de todo, había pensado hacerlo y será la mejor manera de tener fondos en seguida... ¡Vamos a divertimos como locos! Iremos a los mejores sitios..., ya verás.

— ¿Es que te has decidido a asaltar a algún transeúnte ?

—No, nada de eso. ¡Salgamos de aquí! Tengo el dinero suficiente para tomar un taxi. Iremos al «Kakatoé».

— ¿Qué es eso?

—Ya lo verás. Vamos.

Pagó el importe de lo que habían tomado y cogiéndose del brazo de la muchacha abandonó el local, deteniendo un taxi que pasaba cerca de allí.

Una vez en el vehículo pasó el brazo por detrás de los hombros de la joven.

—Siempre soñé con encontrar una mujer como tú, Verónica.

— ¿De veras?

— ¡Lo juro! Y ahora comprendo por qué hay que luchar y no dejar que abusen de uno, como hace ese puerco de Zimmer.

— ¿Se porta tan mal con vosotros?

— ¡Es un redomado granuja! ¿Sabes cuántos días hace que no salgo con mi camión?

—No.

— ¡Casi dos semanas! ¿Crees que se puede aguantar eso? ¡Pero voy a darle la lección que se merece! Estamos llegando..., pronto verás cómo un hombre puedo llenarse los bolsillos de dinero...

CAPÍTULO V



L «Kakatoé» estaba situado en Thames Ditton, barrio del sudoeste londinense que había sustituido ampliamente la antigua fama del Soho, hoy convertido en un apacible rincón de comercio y vida burguesa.

El establecimiento, a cuya puerta había gran número de vehículos y sobre cuya puerta había una cacatúa, cuyas alas luminosas y de colores se abrían y se cerraban, guiñando picarescamente uno de sus ojos a los que pasaban, era, como Verónica pudo ver cuando penetró en el interior, amplio y muchísimo más elegante que lo que podía haber imaginado antes.

La sala formaba una semicircunferencia, con una orquesta en cada extremo, la pista en el centro y una serie de mesitas que hacían el mismo dibujo, pegadas a la pared.

Había bastante gente y muy pocos bailarines, ya que casi todo el mundo charlaba, fumaba, reía y bebía en las mesas. La música era moderna, aunque importada, puesto que la mayor parte de las piezas ejecutadas eran del moderno «spacial-jazz» americano.

Justamente en aquel momento estaban tocando «The Spacial Patrol», el himno de las fuerzas de astronautas a las órdenes de la SIP y que iban por el espacio en busca de los aparatos fletados por las bandas de piratas cósmicos.

Mientras atravesaba la sala, siempre del brazo de Johnny, algunas frases de la canción llegaron a sus oídos:

«Un día me iré, entre las estrellas
solo, en mi soledad desesperada...
Y buscaré entre ellas
el rostro y el recuerdo de mi amada...»

Verónica no pudo dejar de experimentar una sincera emoción al recordar cuántas veces había oído aquella canción de los labios de los alumnos de la Escuela de la SIP, de los que estaban destinados a las Patrullas del Espacio.

Pero, haciendo un esfuerzo, olvidó todo aquello, siguiendo a Johnny que la precedía en aquellos momentos, conducidos a su vez por el «maître», que terminó por dejarlos en una de las mesas.

— ¡Champaña! reclamó Johnny con una sonrisa de orgullo

Se sentaron y el empezó a mirar a uno y otro lado.

— ¿Buscas a alguien? — inquirió la muchacha.

El hombre torció el gesto.

—No, no conozco a la persona con la que tengo que hablar; pero, en cuanto nos hayamos bebido la primera copa, iré al mostrador y hablaré con el barman. Él me indicará.

—Me gustaría saber lo que piensas hacer.

— ¿Por qué?

—Porque no quiero que te ocurra nada malo.

— ¡No seas tonta, hermosa! Muchos de mis amigos han hecho lo mismo y nada malo les ocurrió. Desaparecieron… y en paz.

— ¿Cómo? ¿Quieres decir que los… mataron?

Él rio con ganas.

—No. He visto a algunos que han regresado a Londres para repetir el trabajo. Claro que ingresando en compañías diferentes. Pero yo les he visto y les he reconocido, ya que trabajaron en la Zimmer conmigo.

La llegada del camarero interrumpió la conversación. Saltó alegremente el tapón de la botella y el líquido espumoso llenó los vasos, hasta verterse en el mantel.

— ¡Por ti, encanto!

—Por ti, Johnny.

El joven estaba contento, lleno de humor y parecía como si hubiera sufrido una transformación completa.

Por su parte, Verónica no podía evitar un cierto nerviosismo, al pensar que se encontraba demasiado cerca de la banda y esperaba que la buena suerte que había tenido hasta el momento no la abandonase cuando más tenía necesidad de ella.

Johnny se puso en pie.

—Vuelvo en seguida — dijo.

—No tardes.

Le siguió con la mirada, mientras encendía un cigarrillo. Le vio detenerse ante el mostrador y charlar animadamente con el barman; luego, volviéndose, la señaló a ella, suponiendo la muchacha que le mostraba la mesa que ambos ocupaban.

Johnny regresó, sonriente, sentándose de nuevo a su lado.

— ¡Ya está todo arreglado! La persona que yo deseaba ver no está ahora aquí, pero el barman me ha dicho que no tardará mucho en llegar. ¿Bailamos?

—Como quieras.

Salieron a la pista y él la estrechó fuertemente entre sus brazos. Verónica hizo cuanto pudo por sentirse «natural», pero no pudo evitar el recordar lo que el jefe de la SIP le había dicho respecto a las dificultades que encontraría en una misión como aquella, sobre todo siendo mujer.

Se consideraba, no obstante, capaz de defenderse; pero, ¿lo lograría siempre?

— ¿Vendrás luego a mi casa? — le preguntó Johnny, hablándole en voz baja, junto al oído.

—No es el momento de preguntar una cosa así — replicó ella, siempre en guardia.

—Perdona..., es posible que tengas razón. ¡Ya verás cómo vamos a divertirnos aquí!

Bailaron un par de piezas.

Verónica dijo:

— ¿Volvemos a la mesa, Johnny? Ese señor que esperas puede llegar de un momento a otro y...

—Tienes razón, preciosa. Pero la verdad es que me pasaría un día entero bailando contigo... ¡Lo haces tan bien!

Cogidos de la mano, regresaron a la mesa. Y apenas habían tomado asiento, cuando una alta silueta se paró ante ellos.

Verónica levantó los ojos.

El hombre que estaba ante ella era alto, de anchas espaldas, curtido de rostro, con un brillo inquieto en sus ojos grises. Sus cabellos eran de un negro intenso, su nariz de línea normal y sus labios, quizás un poco delgados, estaban cerrados con fuerza, dando a su expresión un tono verdaderamente inquietante.

— ¿Eres Johnny? —inquirió, sentándose frente a la pareja.

—Sí.

—El barman me ha dicho que querías hablarme.

—Eso es — dijo Johnny, con voz animada.

La mirada del otro se clavó entonces en los ojos de Verónica y ésta sintió un estremecimiento que le recorría la espalda. Aquellos ojos parecían penetrarla como un cuchillo.

— ¿Es tu novia? — inquirió el desconocido.

—Sí — mintió Johnny.

Ella no dijo nada por desmentir aquellas palabras.

—-No me gusta hablar delante de mujeres — dijo el otro —, pero siendo de confianza, es igual. Además, de nada le serviría charlar, ya que lo pagaría caro si lo hiciese.

Sus ojos no se habían separado de Verónica mientras pronunciaba aquellas amenazadoras palabras. Y ella se estremeció, muy a su pesar.

Hubo una pausa molesta.

—Verónica es de toda, confianza; puede estar seguro de ella — dijo Johnny, incapaz de resistir aquel silencio.

—Mejor. Paga lo que has bebido y vámonos. Tengo el coche fuera.

Johnny se pasó la lengua por los labios. Había contado recibir el dinero antes de tener que pagar, ya que los últimos créditos que le quedaban los había gastado en el taxi.

La muchacha, que se dio perfecta cuenta de lo que ocurría, sonrió y echando mano a su bolso, le dijo:

— ¡Toma el dinero que me diste para, guardar antes, querido!

El desconocido miró a Johnny y luego a la muchacha. Y sonrió, comprendiendo lo que ocurría.

Hizo un gesto.

—Pagaré yo. Tengo crédito ilimitado aquí.

Cogió el bloc que había sobre la mesa y firmó, agregando unas palabras en letra enrevesada.

—Vamos — dijo poniéndose en pie.

Le siguieron, marchando Verónica entre los dos hombres. Detrás del desconocido, no pudo evitar una mirada de admiración a sus anchas espaldas, a su manera elástica de andar. .

«Como un tigre...» — pensó.

El hombre saludaba a muchos que le sonreían al pasar. Y Verónica se percató que había miedo en muchas de las miradas que le dirigían los presentes.

Miedo y odio.

Una vez fuera, el hombre se dirigió hacia un coche moderno, potente, un último modelo de monorreactor, de carrocería audaz en su

diseño.

—Pasad atrás...

Él cerró la puerta, abriendo luego la de delante para sentarse ante el volante. El coche se puso en marcha, alejándose velozmente de allí.

Tomando la dirección oeste siguió la nueva carretera que conducía a Chertsey, deteniéndose a una quincena de millas antes de llegar a aquella ciudad. Tomó después una carretera secundaria, a la derecha, deteniéndose ante un edificio viejo, de aspecto abandonado, pero con luz en el lado izquierdo, donde había una puerta a la que el hombre llamó, una vez hubieron bajado del coche.

Abrieron, dejando ver la silueta enorme de un verdadero coloso, que se hizo a un lado para dejarlos entrar. La habitación estaba pobremente amueblada, con sólo una mesa, dos sillas, un par de desvencijados sillones y un teléfono colgado de la pared desnuda.

— ¡Hola, César! —saludó el hombre.

— ¡Hola, Lam!

El llamado Lam señaló los sillones a la pareja, que tomó asiento, guardando silencio.

—Voy a llamar al jefe. ¿No ha venido, César?—preguntó

Lam.

—No tardará.

Mientras el hombre se dirigía al teléfono, Verónica miraba de soslayo, al gigante, estremeciéndose de rabia al haberle reconocido como el Joe del que su pobre hermano le había hablado.

Aquél era el canalla que había empujado a Jim bajo el martillo-pilón. Y el otro, por el que Lam acababa de preguntar, debía ser el César que pulsó la palanca de aquel horrible aparato.

Nunca había pensado Verónica que pudiera odiarse de aquel modo y desear la muerte violenta de una persona de un modo tan tremendo.

Joe se había sentado, echando su manaza sobre un montón de periódicos que había sobre la mesa. Y mirando al que había marcado el número y esperaba la comunicación:

— ¡Oye, Lam!

— ¿Qué quieres?

— ¿Conoces una palabra de cinco letras que signifique «sorpresa generalmente desagradable»?

— ¡Vete al diablo con tus crucigramas, Joe! ¿No ves que estoy telefoneando? ¡Pregúntaselo a la chica! Tiene cara de inteligente...

Joe miró a la joven.

— ¿Lo sabe usted...?

Verónica hizo lo posible por vencer la repugnancia que experimentaba. Se dijo que debía dominarse y demostrar su Sangre fría, en cualquier circunstancia, aunque era su hermano el que había sufrido aquel horrible martirio.

— ¿Una palabra de cinco letras? — dijo esbozando una sonrisa.

—Sí.

— ¿No será «susto»?

—Un momento.

Volvió a su periódico y su rostro primitivo se iluminó con una sonrisa que para la muchacha fue bestial.

— ¡Eso es! ¡«Susto»! ¡Demonios con estos tipos de los crucigramas! Llevo casi tres días detrás de éste...— levantó la mirada dirigiéndola a la muchacha, sin dejar de sonreír —. ¡Es usted muy lista! ¡Lam tenía razón!

— ¡Calla! — rugió éste en aquel momento —. Soy yo, jefe, Lam... Un chófer de la Zimmer que acaba de presentarse quiere trabajo..., ¿la carga? Un momento, jefe... — dijo cambiando el tono de voz.

Volvióse hacia la pareja.

— ¡Eh, tú, Johnny!, ¿Sabes algo de la carga?

—Seguramente maquinaria. Es lo que están haciendo todos estos días.

—Bien — y acercando la boca al combinado —. Dice que será maquinaria, jefe.

Escuchó, en silencio, diciendo de vez en cuando, un «bueno» o un «de acuerdo».

Luego colgó.

Encendiendo un cigarrillo, se acercó a la pareja.

—El jefe está de acuerdo. ¿Esperas que te den trabajo mañana?

—Eso creo.

—Está bien. Voy a pagarte.

Sacó una cartera de piel, rebosante de billetes, contando unos cuantos y entregándoselos a Johnny, que sonreía, feliz.

—Toma, aquí tienes quinientos..., el resto te los daremos cuando hayas terminado el viaje.

—Bien.

Se puso en pie, siendo imitado por Verónica.

— ¿Podemos irnos? —inquirió.

—Desde luego. Pero quiero saber algo.

— ¿Qué?

—No es a ti, sino a esta chica a quien debo preguntárselo — dijo acentuando la sonrisa que ornaba sus labios—. Veamos: ¿dónde trabajas, preciosa?

—En la Zimmer.

Hubo una expresión de sorpresa en los ojos de Lam.

— ¿En la Zimmer?

—Es la que distribuye el trabajo — dijo Johnny,

— ¿De veras? — inquirió Lam, sin dejar de mirar a la muchacha —. ¡Sí que es casualidad! ¿Sabes que puedes ganarte bastante si nos ayudas?

—No entiendo.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora no hay prisa. ¿Cómo te llamas?

—Verónica.

— ¿Qué más?

—Verónica Lambert.

— ¡Estupendo! ¡Hasta la vista, Verónica! Voy a llevaros hasta donde podáis encontrar un taxi.

Momentos después les dejaba ante una de las paradas extremas de vehículos que podían llevarles hasta Londres.

Una vez en el taxi, Johnny intentó besar a la muchacha.

—No, Johnny. Lo he pensado mejor — dijo ella desasiéndose.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no debemos juguetear con algo tan importante como esto.

— ¿Cómo qué? ¡Que me ahorquen si te entiendo!

Ella le miró tomándole cariñosamente una de sus manos entre las suyas.

—Escucha, Johnny..., yo no soy una de esas muchachas que tú estás acostumbrado a frecuentar..., yo soy diferente. Me gustas mucho, eso es verdad. Y yo podría llegar a enamorarme de ti, si viese que verdaderamente me quieres como yo deseo ser amada... ¿Me entiendes?

Él la escuchaba, con la boca abierta, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

Jamás le habían hablado de aquella manera y ahora comprendía que Verónica no podía ser tratada como las otras. No sabía, ni aproximadamente, cómo hacerlo, pero notó que sus deseos perentorios huían de él, dejando en un sitio, en vez de una irritación intolerable,

como era de esperar, una sensación nueva, emocionante y limpia como siempre había soñado.

— ¡Volveré! —dijo, con vehemencia—Y cuando regrese, volveré a irme, guardando el dinero para que un día, cuando tú quieras, nos casemos.

— ¡Ahora sí que te mereces un beso! — dijo ella.

Y se lo dio, pensando, en su interior, que la suerte seguía a su lado y que le había ayudado a salvar su primera situación peligrosa.

Como hubiera dicho Callowan...

CAPÍTULO VI



la mañana siguiente, cuando llegó a su trabajo, Verónica no se sorprendió al ver un ramo de flores sobre su mesa de despacho. Había una nota, escrita sobre una tarjeta de plástico claro:

> «Espero que haya descansado bien; no olvide que esta noche es mi invitada de honor.
>
> C. Z.»

¡No era Cookie Zimmer un hombre que olvidase fácilmente!

Haciendo a un lado las ideas y las flores, la muchacha se puso a trabajar, preguntándose antes de empezar cómo se las arreglaría para proporcionar a Johnny el viaje que él necesitaba con la mayor urgencia. Estaba un poco preocupada por lo que Lam le había dicho.

Pero al echar una ojeada a las listas de trabajo, vio que Johnny estaba allí, con un cargamento de maquinaria, teniendo que salir al atardecer rumbo al norte.

¿Al norte?

La zona donde desaparecían los camiones estaba al oeste y la muchacha se preguntó si Johnny podría hacer algo... ¡Naturalmente! — se dijo al cabo de unos instantes—. Cambiará el rumbo e irá donde debe ir...

No estaba mal.

No podía quejarse de lo obtenido hasta ahora, ya que había conseguido conocer a parte de la banda, aunque comprendía que tanto Lam como el hombre de los crucigramas y el otro, al que no había visto, eran «hombres de mano», secundones sin gran importancia, alejados del jefe por una barrera de seguridad que empezaba con aquel teléfono, completamente aislado y no intervenido, por lo tanto, por la policía.

Johnny se presentó poco después y ella le entregó su Hoja de Salida. El joven estaba radiante.

— ¡Nunca olvidaré lo de anoche! —le dijo, mirándole con una intensidad amorosa que estuvo a punto de hacer reír a la muchacha.

—Yo tampoco, Johnny. ¿Volverás pronto?

—En cuanto pueda.

—Eso espero.

Hubo un corto silencio.

—Quería decirte algo, Verónica.

— ¿El qué?

—Ten mucho cuidado con ese Lam. ¿Me lo prometes?

— ¡Naturalmente! Pero no comprendo a qué viene esto...

—Él va a ofrecerte mucho más de lo yo puedo darte… Podrá pagar todo lo que hagas por él y su jefe... mientras yo estaré lejos.

Ella le sonrió.

—No te preocupes — dijo, luego —. Ya te dije anoche que yo no soy de esas mujeres que cambian de amor cada día. Te esperaré, Johnny.

Lo había dicho de una manera tan sencilla y sincera que el joven sonrió, seguro ya de todo.

— ¡Gracias, amor mío! ¡No te arrepentirás de lo que haces por mí!

—Adiós, Johnny.

Johnny se despidió:

— ¡Hasta pronto, preciosa!

Se inclinó, rozándole la mejilla con los labios, antes de que ella pudiera impedirlo.

Y fue en aquel preciso instante que la puerta se abrió. Aunque no hubiese hecho falta, dada la transparencia de las paredes.

Zimmer estaba en el umbral.

Con una naturalidad completa, Johnny salió de allí, sonriente y feliz, sin que el director le dijese nada. Pero la expresión del rostro de Zimmer era elocuente por sí misma.

— ¿Puede explicarme lo ocurrido, señorita Lambert?

— inquirió una vez el conductor se hubo marchado.

Había levantado el tono de la voz y Verónica estuvo a punto de contestarle de la misma manera. Pero, debiendo jugar con varias barajas al mismo tiempo y no olvidando que lo más importante era su misión, esbozó una sonrisa.

— ¿A qué se refiere, señor?

— ¡A lo que ese hombre acaba de hacerle!

— ¿Lo del beso?

— ¡Sí!

— ¿Podía yo suponer que iba a atreverse...?

— ¿Entonces?

Había una luz de esperanza en los ojos del hombre.

—Me sorprendió. Eso es todo — explicó ella —. Yo no sabía que iba a atreverse a tanto y me cogió desprevenida. De no haber entrado usted en ese momento, le hubiera abofeteado.

El rostro de Zimmer cambió de expresión y una sonrisa apareció en sus gordezuelos labios.

—Tendré que cambiarle de sección, señorita Lambert: es usted demasiado bonita y delicada para estar aquí.

—No se preocupe por mí, señor Zimmer: sé defenderme y se lo hubiera demostrado a ese insolente.

—Yo lo arreglaré.

—No hace falta que tome represalias con él.

—Está bien.

Se había acercado al despacho y poniéndose a su lado, le dijo:

—No quiero que nadie vuelva a molestarla. De aquí en adelante los chóferes no subirán más a este despacho. Haré que instalen un teléfono directo, en la parte de abajo y así no tendrán más que telefonear para saber si deben salir a trabajar o no.

Verónica no dijo nada.

Se daba cuenta que cualquier observación suya, en aquellos momentos, no hubiera hecho más que irritar al «viejo conquistador». Sabiendo que una vez fuera de su trabajo podría ir donde le gustase, el que Zimmer la aislase de los conductores no iba a causarle gran perjuicio.

Hasta el momento, lo que había conseguido le bastaba, puesto que estaba segura que Johnny, al regresar, iría a verla. Y se sabía lo suficientemente astuta como para sonsacarle los detalles del «viaje», sobre todo la manera que la banda utilizaba para hacer desaparecer los camiones.

Cookie había encendido un cigarrillo.

—Estaré esperándola a la salida. ¿Lo recordará?

— le dijo sonriendo.

—Sí.

No podía perder tiempo en pensar cómo se las arreglaría para escapar al acoso del anciano «Don Juan»; pero, por el momento, no

quería preocuparse de ello.

Zimmer, después de decirle algunas cosas más, todas ellas impregnadas de una galantería pegajosa, abandonó el despacho y la joven pudo dedicarse a su trabajo, releyendo detenidamente las listas de salidas.

No había ninguna que hiciese pasar los camiones por la «zona de la niebla».

Estaba claro, por un lado, que Zimmer había escarmentado, siendo el único en denunciar la desaparición de sus vehículos. No era extraño, por lo tanto, que hiciese lo posible por evitar que sus coches costosos siguiesen perdiéndose, aunque ignoraba en absoluto que eran los chóferes, entre ellos y por mil créditos, los que desviarían su camino para llevar a los coches hacia, la zona de la niebla.

Se preguntó también cómo la policía no se había decidido a acordonar aquella región, obligando a la circulación rodada a hacer un desvío; pero se contestó en seguida, diciéndose, con lógica, que el suprimir aquella zona impediría encontrar a los culpables.

Al pensar en éstos, Verónica sintió que cerraba los puños, recordando a Jim y lo que había sufrido. Su misión era descubrir la banda, sobre todo a su jefe, haciendo que los culpables pagasen lo que habían hecho.

¡Cuánto habría deseado ser un hombre para poder acabar con los dos que habían torturado a Jim!

Pero se prometió, a pesar de no haberlo hecho nunca, ir a la sala de ejecuciones para comprobar la entrada en la Cámara Electrónica de Joe y César, los dos canallas que habían convertido a Jim en un pobre pingajo humano…

* * *

Una hora antes de que se finalizase el trabajo, Zimmer abandonó su lujoso despacho, dirigiéndose a su domicilio donde entró silbando, como un joven.

Mientras se cambiaba de traje, poniéndose uno oscuro, sin olvidar todas las joyas con las que solía ornarse en las «grandes solemnidades» (y sonrió al encontrar divertido aquel nombre), dio instrucciones a su ayuda de cámara para que preparase las cosas «como de costumbre» en aquellas ocasiones.

Tomó luego el más elegante de sus coches, dirigiéndose hacia el edificio de la Zimmer, deteniéndose frente a la puerta, justo cuando otro coche hacía lo propio.

Apenas había tenido tiempo de encender un cigarrillo cuando la

elegante silueta de Verónica se recortó en el cuadro de contrastes que las luces hacían en la entrada. Zimmer abrió la portezuela, saltando a la acera y empezando a andar hacia ella, con una sonrisa que decía mucho de su anticipado regusto de triunfo.

Pero cuando llegaba junto a la joven, alguien se le adelantó: un hombre alto, de anchas espaldas, que se llevaba, en aquellos momentos, la mano derecha al borde de su sombrero.

— ¡Hola, preciosa! —saludó el desconocido.

Ella le miró, con una franca sorpresa pintada en su hermoso rostro.

— ¡Caramba! Si es el señor Lam...

Zimmer estaba ya junto a ellos y se inclinó, reverenciosamente, sin mirar al otro, sonriente y meloso.

—Buenas noches, señorita Lambert. ¡Aquí me tiene!

Pero el hombre se volvió, mirando de arriba a abajo a Cookie como si se tratase de un intruso.

— ¿Quién es este... abuelo, pequeña?

Verónica no pudo evitar una sonrisa.

La inesperada situación la divertía, ya que preveía que la presencia de Lam era verdaderamente providencial.

Zimmer se volvió hacia el joven.

—Estoy citado con esta dama — dijo, con voz irritada — y no creo que nada le autorice a insultarme.

Una sonrisa helada entreabrió los delgados labios de Lam.

— ¿Es cierto esto, chica? — preguntó volviéndose a la joven.

Verónica hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

— ¿No le parece abusivo el hacer que todas sus empleadas salgan con usted, señor Zimmer? — dijo Lam, mirando de nuevo a Cookie.

— ¡Ah! ¿Me conoce?

— ¡Desde luego..., más de lo que usted se imagina. Así que como es inútil prolongar esta conversación, le ruego que se largue y que nos deje tranquilos.

—Pero...

— ¡Largúese ya! ¿No le da vergüenza hacer el ridículo que está haciendo ahora?

— ¡Oiga usted...!

— ¡Fuera abuelo... o prefiere que...!

Lo había cogido por las solapas y lo levantó unos centímetros del suelo, mirándole fijamente a los ojos.

Lam exclamó:

— ¿Se va o lo meto yo en su coche?

Lo dejó caer y Zimmer, con los ojos lanzando chispas, se volvió, no sin antes intentar quitarse las arrugas del traje. Dio un portazo en su coche y lo puso en marcha, alejándose calle abajo.

Lam sonrió.

— ¡Viejo verde! —dijo—. Afortunadamente he llegado a tiempo...

Pero Verónica, que le agradecía en el fondo que la hubiese librado de Zimmer, no estaba dispuesta a dejarle ver su sentimiento.

—Bueno — dijo —. ¡Hasta la vista, señor Lam!

Dio un paso, uno sólo, ya que la mano de él la atenazó por la muñeca y ella se percató que tenía los dedos como el acero.

— ¡Un momento, muñeca!

— ¿Qué quiere? —inquirió ella, desasiéndose con un violento esfuerzo.

Él la miró, con una expresión dura en su rostro.

—Yo no soy Zimmer, preciosa... He venido por ti y me acompañarás. ¿O es que has olvidado lo que te dije anoche?

— ¿Y si no me interesase más todo lo que usted pueda decirme?

La sonrisa — una mueca helada más bien — reapareció en los labios de él.

—No digas tonterías, muñeca... Ninguna mujer ha podido, hasta ahora reírse de Lam. Puedes estar segura de ello. Te necesitamos y vas a trabajar con nosotros, lo quieras o no... a menos que desees pasar un rato con Joe... después de que nos hayamos divertido, César y yo, contigo.

Hizo lo posible por evitar un estremecimiento, pero sólo lo consiguió a medias.

—No quiero meterme en jaleos, señor... — dijo ella con voz menos firme.

—Me llamo Walsh — repuso él —, pero prefiero que me digas Lam y que me tutees... ¡Apea el tratamiento, muchacha!

Ella hizo un esfuerzo.

—No quiero jaleos, Lam... — repitió.

—No los tendrás. Para eso estoy y estaré a tu lado.

Verónica dijo:

— ¡Es que no quiero meterme en nada sucio!

Había levantado la voz y un par de personas que pasaban por la acera, hicieron ademán de detenerse. Pero la fría mirada que Lam les

dirigió pareció convencerles de que harían mucho mejor prosiguiendo su camino.

Lo que hicieron.

—Vamos al coche, Verónica. No me gusta que la gente me mire. — dijo luego, volviéndose a la muchacha.

Ella sabía que no podía oponerse, a menos de producir un escándalo, cosa que, ciertamente, no le convenía, porque precisamente lo que deseaba era adentrarse en el1 seno de la banda.

Avanzó hacia el coche y él le abrió la puerta, contorneando después el vehículo para sentarse ante el volante.

Puso en marcha el coche, sin despegar los labios, adentrándose en la densa circulación del Strand.

Un poco más tarde, sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a la joven.

—Toma — dijo.

—No tengo ganas de fumar.

— ¿Y qué me importa? No te daba a ti... Enciende uno y pásamelo.

Se mordió los labios Verónica, obedeciendo, no obstante.

Cuando le hubo colocado el cigarrillo en los labios, a un gesto suyo, estaba tan encolerizada que casi estalló.

Pero se contuvo.

Su sentido común le hizo comprender que aquel hombre estaba acostumbrado a tratar con mujeres fáciles y cobardes, que se doblegaban siempre a sus caprichos. Tuvo conciencia de lo peligroso que podía ser su situación a lado de aquella bestia.

Pero no se sintió desfallecer. Llevaba una pequeña pistola en el bolso y estaba dispuesta a utilizarla si tuviera necesidad de ella.

Al ver que el coche atravesaba la ciudad, ella preguntó:

— ¿Dónde vamos?

—Donde el otro día.

Ella no volvió a decir nada en el resto del viaje, dedicándose a pensar y desear tener la suficiente suerte para escapar de las garras de aquellos bandidos con la información suficiente para que la S1P desencadenase su batalla final.

Lam detuvo el coche junto a la vieja casa. Pero esta vez penetraron por la parte posterior, pobremente iluminada, teniendo que atravesar una serie de naves amplísimas.

Y cuando Verónica vio, entre otras máquinas, un martillo-pilón, tuvo que hacer un esfuerzo para seguir andando.

Él se dio cuenta de aquel desfallecimiento.

— ¿Qué demonios te ocurre? —inquirió.

Era duro, incapaz de comprender nada.

«Una bestia» — pensó ella — «Una bestia feroz que habrá que aplastar como las otras…»

—No me pasa nada — dijo, continuando su camino, sin mirar a la horrible máquina que había quedado atrás.

¡Así que había sido allí, en aquel espantoso lugar, donde su hermano Jim había sufrido aquellos horribles tormentos!

Durante unos segundos, muy pocos, se sintió desconsoladamente sola, incapaz de hacer nada positivo, de conseguir nada… ¿Cómo había sido tan loca como para pedir a Callowan aquella misión, si sabía que el recuerdo de Jim podía estropearlo todo?

Pero, poco después, una especie de oleada de calor le inundó, como si fuera a desencadenarse en su cuerpo un ataque de fiebre. Y con los ojos brillantes, cuando penetró en la habitación en la que ya había estado con Johnny, se dijo que era una estúpida al dejarse aplanar por un detalle que, tarde o temprano contaba con él.

¡Ahora estaba dispuesta a llevar a aquellos canallas ante el verdugo!

No se sorprendió mucho al ver a un hombre que le brindaba una sonrisa aurífera. Aquel detalle de los dientes de oro le recordó la descripción que Jim le había hecho de César, comprendiendo que era el mismo hombre el que tenía ante ella.

Lam saludó a sus compinches.

— ¡Hola! ¿No hay trabajo hoy?

César sonrió.

—Claro que lo hay…, aunque preferiría el tuyo.

Lam sonrió también.

Y Joe, que había levantado la vista del periódico, para mirar a la muchacha, sonrió, esporádicamente.

— ¡Hola, señorita! —dijo—. ¡Justamente llega usted a tiempo!

Había algo terriblemente simple en la expresión del coloso: algo primitivo, en calma ahora, pero que podía convertirse en una feroz descarga de bajos instintos.

De todo ello se percató claramente la muchacha, sintiendo aumentar su intranquilidad.

—Estoy luchando con una palabra de seis letras que debe significar ejecutor o algo así… ¡Dígamelo, señorita!

Verónica reflexionó unos instantes, procurando no darse cuenta

de las miradas cargadas de deseo que César le dirigía.

—Creo que ya lo he encontrado.

— ¿De veras? —inquirió Joe.

—Sí. «Verdugo».

Hubo un silencio y los tres hombres miraron a la muchacha. Hasta que César lanzó una carcajada.

— ¡Qué divertido! — dijo —. Es muy lista esta chica, Lam. ¿Dónde la cazaste?

—No la cacé. Tengo que hablar de ella al jefe.

César había encendido un cigarrillo, sin dejar de mirar a la joven.

—Yo siempre creí tener suerte con las mujeres... ¿no es cierto, Joe? —dijo acercándose a ella poco a poco.

El coloso, ocupado con el crucigrama, contestó con un gruñido.

—Hasta que tú llegaste, Lam — siguió diciendo Slack —. Un día tenemos que apostar algo a que yo consigo una chica antes que tú.

—Cuando quieras.

—Por lo menos — y ya estaba casi junto a Verónica —, César tiene mucha vista, lo que con las mujeres es fundamental.

Lam frunció el ceño. Había observado la maniobra de acercamiento de César hacia la muchacha, pero no comprendía los propósitos de su compañero..

— ¿Qué quieres decir con lo de la vista? — inquirió.

El otro no había dejado de sonreír.

— ¿Qué quiero decir? ¡¡Esto!!

Su mano derecha voló a una velocidad enorme apoderándose como un garfio, del bolso de la muchacha.

Verónica, sorprendida, dio un grito.

— ¡No la toques, César! ¡Es cosa mía! — dijo Lam, cerrando los puños.

Slack, sin dejar de sonreír, se había separado de la joven, pero sin soltar el bolso.

César dijo: —¿Y quién ya a tocarla, amigo? ¡No será César! que respeta siempre lo de sus compañeros..., pero cuando éstos se ciegan, César los ayuda siempre!

Y sacando la mano que había introducido en el bolso, exhibió !a pistola que la muchacha llevaba en él.

— ¿Qué te parece esto, Lam?

Hasta Joe abandonó el crucigrama para mirar el arma, después a

Lam y, por último, a Verónica.

Lam había palidecido, pero reaccionó en seguida, sobre todo cuando César volvió a moverse hacia la muchacha.

— ¡Un momento! — gritó —. ¡De eso me ocupo yo!

CAPÍTULO VII



ÉSAR se detuvo sin dejar el arma que tenía en la mano y el bolso que tenía en la otra.

Una sonrisa hacía que mostrase sus dientes de oro.

Mirando a Verónica, Lam se movió hacia ella, con los brazos pegados al cuerpo y luces extrañas en los ojos.

— ¿Qué significa eso, muñeca? — inquirió, cuando ya estaba junto a ella.

Verónica no supo qué decir.

— ¿Cómo es que una empleada de la Zimmer lleva un cacharro como ése en el bolso? ¿Verdad que vas a contestar en seguida? — dijo Lam, con el mismo tono, peligrosamente dulce.

La muchacha luchaba desesperadamente por encontrar algo; pero la sorpresa del inesperado gesto de César le había dejado sin palabras.

—No me gustan, ya te lo dije — prosiguió diciendo Lam —, qué las mujeres se rían de mí.

Su mano derecha pareció ir en busca de algo al bolsillo izquierdo de su chaqueta; pero en realidad, no hizo más que flexionar el brazo

para descargar un formidable revés sobre el rostro de Verónica.

Impelida por la violencia del golpe, la joven salió disparada, hasta ser detenida por la pared. La piel del lugar castigado tomó una rápida coloración rojiza.

Lam volvió a acercarse.

— ¿Vas a hablar ahora? —inquirió.

Otro golpe, tan fulminante como el anterior, esta vez sobre la boca, abrió los labios, haciendo manar abundante sangre de ellos.

— ¡Habla, perra! —rugió el «gangster».

—No la estropees demasiado, muchacho… ya veo que no entiendes a las mujeres — dijo César.

Lam se volvió, como si le hubiese picado una avispa, clavando su mirada en los ojos del otro.

— ¿Quieres dejarme en paz? ¡Ya sé que yo he tenido la culpa, pero sería muy poca cosa si no hiciera hablar a esta bruja!

—Yo no quiero hacerte enfadar, Lam — prosiguió diciendo César —. Sólo deseo ayudarte.

—Eso es — intervino Joe —Escucha a César, muchacho…, él sabe mucho de eso.

Lam terminó por encogerse de hombros.

— ¿Qué quieres hacer? —inquirió.

—Muy sencillo. Vamos a llevarla abajo.., donde tú sabes. Es muy posible que la compañía no le agrade…, pero ¿no es precisamente eso lo que nosotros queremos? Ella se volverá locuaz…, ya lo verás…

Y como Lam no dijese nada, pareciendo reflexionar, Slack insistió:

— ¿No te gusta mi plan?

Walsh terminó por rendirse.

—Está bien. Como quieras. ¡Pero yo hubiera desatado la lengua de esta mujer!

—Nadie lo duda, muchacho. Vamos a llevarla abajo.

— ¿Os acompaño? —preguntó Joe, que no se había movido.

—No hace falta — replicó César —. Quédate aquí por si el jefe llamase… y no le digas nada por el momento. ¿Entendido?

—De acuerdo, César.

Los dos hombres empujaron a la mujer, haciéndola salir de la habitación para, después de atravesar los siniestros talleres, descender por una escalera que conducía a los sótanos.

Se detuvieron, una vez abajo, ante una puerta que abrió Lam.

Y César, mirando, con una sonrisa cínica, a la muchacha, le dijo:

—Pasa, preciosa... Volveremos dentro de... pongamos media hora..., creo que habrás reflexionado. Cierra la puerta, Lam.

Obedeció el otro, después de haber empujado a Verónica, que se vio dentro de una amplia estancia, iluminada pobremente por una bombilla que colgaba del techo. .

Un hedor insoportable le llegó a las narices en cuanto Lam hubo cerrado la puerta; pero, por el momento, dominando las náuseas que aquello le producía, reflexionó sobre cuánto le había acontecido, diciéndose, con tristeza, que la buena suerte se había cansado de acompañarla.

¿Cómo no había pensado en dejar el revólver en el hotel?

Verdad que jamás le había pasado idea semejante por el cerebro, puesto que siempre previó tener necesidad del arma en cualquier momento, sobre todo desde que sabía que iba a encontrarse con los torturadores de su hermano.

Tampoco imaginaba que nadie se diese cuenta de la existencia del arma, pero estaba visto que César sabía lo que se hacía.

Pensando en los tres bandidos, tuvo que llegar a la conclusión de que de todos ellos, Lam, a pesar de haberle golpeado, era el menos repugnante, aunque su peligrosidad saltaba a la vista. Joe era una bestia primitiva, un hombre enorme, con un coloso cuerpo y un cerebro de niño recién nacido. Y César era el peor de los tres, con aquella mirada que parecía desnudar a las personas que se ponían al alcance de sus ojos, con aquella sonrisa cínica, en la que los dientes de oro ponían una nota más desagradable aún a toda su persona.

El hedor, que había creído dominar en los primeros instantes, había alcanzado una intensidad tal que la muchacha se sintió movida a desplazarse para respirar otra clase de aire.

Y fue al hacerlo cuando descubrió el origen de aquella irrespirable atmósfera.

El hombre estaba en el fondo de la estancia, donde el techo se acercaba sensiblemente al suelo, formando una especie de rincón, casi totalmente ocupa por el cuerpo, que yacía bocarriba.

Verónica se estremeció.

Ahora comprendía las cínicas palabras de César cuando prometió a Lam que a ella no le «gustaría la compañía del sótano».

Venciendo la repugnancia, la muchacha avanzó, lentamente, como si temiese que el muerto pudiera levantarse de un momento a otro. En realidad, una curiosidad invencible la empujaba ya que,

desde lejos, y debido a la iluminación parca del sótano, no había podido ver bien el cadáver, aunque había en él algo de «familiar».

Fue avanzando, paso a paso, intentando dominar, más que el miedo, la repugnancia del hedor que ahora la envolvía por completo. Pero deseosa de ver el cuerpo de cerca, no se detuvo ni una sola vez, tapándose la nariz y la boca con la palma de la mano, de manera a mitigar un poco el hediondo olor que flotaba allí.

Y no era extraño.

El cuerpo estaba va en avanzado estado de descomposición, quizá debido al calor que reinaba en el sótano; pero, a pesar de todo, ella pudo reconocer, con relativa facilidad, la identidad de aquel desgraciado.

¡Era Johnny!

Una sensación de infinita tristeza se apoderó de ella.

Alejándose, hizo un esfuerzo sobrehumano por dominar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. El saber que aquel muchacho, sinceramente enamorado de ella, lleno de ilusiones, había terminado de aquella triste manera, la sumía en una desesperación sin límite.

Fue después, cuando la necesidad de razonar se impuso, que empezó a considerar las cosas desde un punto de vista más lógico. Había conseguido vencer la natural emoción que le procuró el descubrir el cuerpo de Johnny y ahora empezaba a preguntarse por qué lo habían matado.

No logró avanzar mucho en sus razonamientos, ya que las cosas le aparecían con muchísima menos claridad de lo que ella misma esperaba.

Lam había aceptado a Johnny y el muchacho, con toda seguridad, llevó el camión hacia la zona de niebla para que desapareciese como tantos otros lo habían hecho.

Entonces, ¿qué podía haber ocurrido para que Johnny yaciese ahora, en aquel sótano, vilmente asesinado por los que le habían contratado?

Por el momento, hubo de confesarse, que no podía resolver aquel problema. Además, en las condiciones en que se hallaba, ¿podía permitirse el lujo de pensar?

Dentro de media hora, o menos, regresarían para ver si había reflexionado. Y si ella se negaba a hablar, los bandidos utilizarían otros métodos para obligarla a hacerlo.

¿Qué podía decirles?

Era difícil justificar la posesión de un arma, que ahora estarían

examinando y que su procedencia americana no debía escapárseles. Tampoco podría decirles la verdad, ya que aquello significaría una muerte rápida o una tortura que, en una mujer como ella, sería mil veces peor que la que había padecido Jim.

Se había alejado del cadáver, sintiendo que el hedor empezaba a marearla, acercándose al otro extremo del sótano; es decir junto a la puerta, contra la que terminó apoyándose.

¡Y fue entonces cuando la puerta giró, haciendo gemir sus goznes!

Creyendo, por un momento, que alguien tiraba de ella desde el otro lado, lo que significaba que los bandidos volvían, Verónica retrocedió asustada, sintiendo que su corazón latía descompasadamente.

Pero nadie siguió tirando de la puerta.

Pasados unos instantes, la serenidad volvió a la joven, quien se atrevió, tras escuchar atentamente, a empujar un poco más la puerta, teniendo cuidado en levantarla un poco para evitar que gimiese como lo había hecho anteriormente.

¡Y la puerta se abrió del todo!

Examinándola al otro lado, después de respirar con fruición un aire que no estaba tan contaminado como el de dentro, Verónica comprobó que, en realidad, no había cerradura alguna y que cuando César había ordenado a Lam que cerrase, lo que deseaban los dos canallas era hacerle creer que la puerta lo estaba por completo.

¡O se trataba de una trampa?

Porque también podían haber pensado en que ella saldría, huyendo de la horrenda visión del cadáver, preparándola, un cebo mucho más eficaz, en el que caería al escapar del sótano.

Verónica examinó la puerta, encontrando una aldaba en la parte superior, lo que hubiese permitido a los bandidos de encerrarla tranquilamente con toda facilidad.

¡Era una trampa!

Medrosa, miró hacia las escaleras, temiendo ver aparecer cualquier cosa en el momento menos esperado.

Permaneció así unos minutos, preguntándose qué debería hacer. Finalmente, decidida, se dijo que era mejor seguir que permanecer allí, cosa que no le conduciría a parte alguna.

Subió la escalera.

La vista de la sala de máquinas volvió a impresionarle; pero evitando mirar hacia el martillo-pilón, que parecía tronar en el centro de todos los demás aparatos, atravesó la distancia que le separaba de la puerta por la que recordaba haber entrado con Lam, comprobando,

con un suspiro de satisfacción, que también estaba abierta.

Fuera, la noche envolvía todo y una luna magnífica iluminaba las cosas, haciéndolas parecer de aspecto irreal, fantasmagórico.

Verónica luchaba por dar crédito a lo que le estaba ocurriendo, diciéndose que la realidad iba a aparecerle, más cruda que nunca, en el momento en que menos lo esperase.

Pero razonando un poco más, al ver que la libertad parecía estar al alcance de su mano se movió con presteza, desviándose del camino principal y dando un rodeo a la casa, hasta que volvió a ver la ventana iluminada del anexo donde se hallaban los tres hombres. Incluso pudo ver sus siluetas, las de César y Lam, que estaban de pie, y la mancha enorme que proyectaba Joe sobre la ventana, junto a la que seguía sentado.

¿Es posible que hubiese logrado escapar de una manera tan sencilla y estúpida, al mismo tiempo?

No era ocasión, por otra parte, de perder el tiempo en consideraciones. Lo importante era alejarse de allí, cuanto antes, lo más lejos posible, antes de que los bandidos se diesen cuenta de que había conseguido huir.

Decidida, se acercó al coche que Lam había dejado cerca de la casa, rezando porque el «gangster» hubiera olvidado la llave de contacto. Cuando abrió la portezuela, su corazón latía con fuerza.

Pero una loca alegría le inundó en seguida.

¡La llave estaba allí!

Penetrando en el vehículo, Verónica tomó asiento, poniéndolo en marcha, casi segura que el poderoso y silencioso motor no se oiría desde la casa. Así debió ocurrir, ya que cuando pasó de nuevo ante las ventanas, las tres siluetas continuaban allí.

Acelerando, una vez en la carretera, puso rumbo a Londres.

* * *

César encendió el cigarrillo, mirando a Lam.

—Es muy posible que ya se haya ido, amigo.

—Puede ser.

— ¿Por qué no echas una ojeada, Lam?

—Voy. Pero, ¿y si no se ha ido?

—Entonces cierras la puerta de veras y en paz.

Walsh dio unos pasos hacia la puerta; pero, se volvió de repente.

— ¿Crees que hemos hecho bien en dejarla ir? —inquirió.

—Desde luego. Esa chica volverá al trabajo y ya nos encargaremos nosotros de que nos aclare la verdad sin necesidad de forzarla. Debe estar ya medio muerta de miedo.

— ¿Y no irá con el chivatazo a la policía?

— ¿Te refieres al cadáver del chófer?

—Sí.

—No temas. Si lo hace, pondrá su propio juego sobre la mesa, pero nos perjudicará ya que el jefe ha ordenado que abandonemos este escondrijo definitivamente. Lo hemos utilizado bastante.

— ¿Y si no dice nada a la policía?

— Entonces se habrá explicado también, puesto que nos demostrará, al no ser de la «poli», que trabaja para alguna banda rival que se interesa demasiado por nuestros asuntos.

—Tienes razón.

— Desde luego que la tengo. Ve a ver si se ha ido. Luego nos largaremos nosotros.

—Bien.

Abandonó la estancia y César esperó unos instantes antes de descolgar el teléfono y marcar un número.

La voz del jefe se oyó al otro extremo del hilo. —-¿Sí?

—Soy César.

— ¿Y la chica?

—Debe haberse ido ya. He seguido sus instrucciones al pie de la letra.

—Bien. Ahora voy a darte otras.

— ¿Cuáles?

— Se refieren a Lam.

César frunció el ceño.

— ¿Sí? — inquirió, con no simulada curiosidad.

—Sí. Ya no nos interesa tenerlo con nosotros.

— ¿Ha hecho algo malo?

La voz del jefe se hizo áspera.

—Eso no es cosa tuya, César. ¿Entendido?

—Desde luego, jefe.

—Me alegro que las cosas queden lo suficientemente claras. Te he dicho que Lam no nos interesa.

— ¿Entonces?

—Liquídalo.

—Entendido. ¿Esta misma noche?

—Sí.

—De acuerdo, ¿algo más?

El otro no contestó, limitándose a colgar el receptor.

César hizo lo propio.

Fue en aquel momento cuando Lam entró.

— ¡Se ha ido!

— ¿Con el coche?

—Sí.

—Hiciste bien en dejar las llaves…, aunque no es buena costumbre.

—Lo olvidé: eso es todo.

—Bien. Vamos a largamos. Ya nunca volveremos aquí. Este lugar está «quemado» para siempre.

— ¡Eh, tú! ¡En marcha! —dijo dirigiéndose a Joe.

El coloso levantó la mirada del periódico, con un gesto de cómica tristeza.

— ¿Nadie conoce una palabra que signifique final y tenga seis letras?

—M-u-e-r-t-e — repuso mecánicamente Lam sin darse cuenta de lo que decía.

Pero, al mismo tiempo, no pudo evitar un estremecimiento.

CAPÍTULO VIII



PRETABA Verónica el acelerador, haciéndole casi tocar el suelo del coche, que se deslizaba a endiablada velocidad por la recta que se dirigía hacia la ciudad.

Todavía no se explicaba cómo había podido escapar, aunque, para decir toda la verdad, sentía cierta aprensión a considerar aquello como una acción de la suerte, pareciéndole, por el contrario que allí debía haber «gato encerrado».

Pero, por el momento, lo que más le interesaba era huir, llegar a la ciudad y considerarse, en su hotel, a salvo de aquel trío de canallas en cuyas garras había estado a punto de pasarlo mal.

Cuando penetró en la ciudad disminuyó la velocidad del coche, diciéndose qué iba a hacer con él, problema nada importante ya que podía abandonarlo en cualquier parte, tomando un taxi para regresar a! hotel.

Eso fue lo que hizo.

Viendo un grupo de vehículos alquiler, al llegar a Tomtem Square, abandonó el suyo, tomando el primero de la fila, a cuyo

conductor dio la dirección del hotel.

Respiró libremente al pagar el taxi y penetrar en el cálido «hall», siendo saludada por el empleado de la recepción, único presente a aquellas horas de la noche.

Tomando uno de los ascensores subió a la quinta planta, yendo después hacia la puerta de su habitación, que abrió con la llave que había dejado, por suerte, en la cerradura, ya que de haberla llevado en el bolso se hubiera quedado en poder de los bandidos.

Encendió la luz.

Y al hacerlo, después de cerrar la puerta tras ella, abrió los ojos desmesuradamente, al ver al hombre que la miraba, sonriente, cómodamente arrellanado en uno de los sillones.

Cookie Zimmer.

Se miraron unos instantes en silencio; luego, él, poniéndose en pie, se acercó, sin dejar de sonreír.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó, con énfasis —. ¡Creí que no volvería nunca!

La muchacha se quedó sin palabra, incapaz de pronunciar ninguna.

—Fui a la policía explicarles lo que había ocurrido. Pero el inspector Lawrence, gran amigo mío, me aconsejó que no presentara ninguna denuncia hasta mañana... Estaba desesperado, señorita... ¡Puede creerme! Así que, saltándome todas las reglas de la buena educación y sin poder resistir más, me decidí a venir aquí...

— ¿Quién le abrió?

—Nadie. El hombre de abajo me dijo que no sabía si estaba usted en la habitación. Subí a toda velocidad, henchido el corazón de gozo. Pero después de llamar y no recibir contestación, me decidí a abrir la puerta, ya que la llave estaba en la cerradura. Al ver que no estaba me decidí a esperarla dispuesto a prevenir a la policía si no llegaba usted al alba.

Parecía hablar con sinceridad.

Y aunque ella, no sentía ninguna simpatía por aquel extraño «Don Juan», tuvo que convenir, no obstante, que era, por el momento, la única persona de la ciudad en la que podía confiar un poco.

Sobre todo si estaba dispuesta a seguir las instrucciones de la SIP y, como le había dicho Callowan, no entrar en contacto con la policía más que en caso gravísimo.

Por eso, señalando el sillón a Zimmer, le ofreció una sonrisa de sincero agradecimiento.

—Tome asiento, señor. Ya ve que no me ha ocurrido nada.

Él se dejó caer en el sillón, nuevamente.

— ¿Pero, dónde ha estado usted, señorita Lambert?

—Es largo de contar—. repuso ella, quitándose el impermeable —. Bastante lejos de Londres, de todos modos.

— ¿Y ese… individuo que se presentó tan de repente… le conocía usted?

—Sí. Le había visto la noche anterior, cuando uno de sus chóferes me invitó al «Kakatúa».

El otro abrió los ojos, no dando crédito a lo que oía.

— ¿Cómo? ¿Quiere usted decir que ha ido a ese infecto lugar?

—Sí.

— ¡Qué horror!

— ¿Puedo saber a qué le llevó mi conductor? — inquirió él después de una pausa.

—A pasar un rato.

— ¿Sabe usted que Johnny ha desaparecido… con un camión?

Creyó ella que no debía decir nada de lo que sabía.

— ¿Es cierto? —inquirió, con aire inocente.

—Sí. Ya he denunciado el caso al inspector Lawrence. ¡Es un abuso! Si las cosas siguen así, no tendré más remedio que cerrar el negocio. ¡Por fortuna, tengo los vehículos asegurados a todo riesgo! Pero, no obstante, no da resultado, se lo aseguro.

Ella sonrió.

—Lamento tener tan malas noticias respecto a mi empleo.

Zimmer movió sus cortos brazos, en ademán de protesta.

— ¡Por Dios, señorita! ¡Usted sabe muy bien que sería lo último que yo haría! ¡Pues no faltaba más! Tendrá usted siempre un lugar en mi empresa. Y si ésta falla, tengo otras donde colocarla.

—Muy amable.

—Usted se lo merece todo. Aunque yo desearía que me prometiese algo.

— ¿Prometer? No me gusta hacerlo, señor Zimmer.

—No es nada malo para usted: todo lo contrario… Yo quisiera que me prometiese tener un poco más de cuidado en la selección de sus amistades. Hasta ahora, por desgracia, no ha cultivado usted las buenas…, de veras que no ha tenido mucha suerte…

—Tiene usted razón.

—Es usted una muchacha encantadora y merece codearse con gente selecta, que sepa tratarla como se merece…, ¡seguro que ese

granuja no se ha puesto guantes para hacerlo!

Ella se llevó 1a mano a la mejilla y con una triste sonrisa, le dijo:

— ¡Desde luego que no se puso guantes!

Zimmer se levantó, de un salto, mirándola con ojos flameantes.

— ¿No irá a decirme que se atrevió a pegarle, verdad?

—Pues lo hizo, amigo mío.

— ¡Canalla! ¡Si pudiera echarle la mano encima!

Ella no pudo evitar una idea divertida, al imaginar frente a frente al granuja de Lam y al hombrecillo regordete que tenía enfrente. Por fortuna, la amenaza de Zimmer caía en el vacío.

—Si me lo permite — dijo, después de una pausa —, voy a descansar un poco. Estoy molida.

—Lo comprendo. Me voy. Quiero que descanse bien... y no hace falta que venga mañana por la mañana al trabajo. Venga por la tarde.

—Muy agradecida.

Le tendió la mano y él, inclinándose reverenciosa y ridículamente, le besó la mano.

Verónica cerró cuidadosamente la puerta cuando él se hubo ido, dirigiéndose a su cuarto, donde se desnudó a gran velocidad, buscando en el lecho el descanso que tanto necesitaba.

Y la paz.

Aquel día había sufrido bastantes emociones.

* * *

Una vez fuera de la casa, Joe avanzó el primero, yendo después Lam y cerrando la marcha César. Se dirigieron hacia el lugar en que los otros dos habían dejado su coche.

Y fue entonces, cuando avanzaban en silencio, que Lam sintió, de repente, una desagradable sensación.

Algo se apoyaba duramente en su espalda.

— ¡No te muevas, muchacho! —y la voz de César sonó, en medio del silencio, como un trallazo.

Joe se volvió, extrañado.

— ¿Qué ocurre? —inquirió, intentando adivinar lo que escondían las palabras de su amigo.

— ¡Quítale la pistola! — se limitó a ordenar éste —. ¡Aprisa!

Joe obedeció.

— ¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Lam, volviéndose entonces hacia César.

— ¡Tira para delante y cierra el pico! Ya tendrás tiempo de saberlo…

Encogiéndose de hombros, Lam echó a andar, sin que el cañón de la pistola de César dejase de apoyarse en sus riñones. Una vez junto al vehículo, Joe abrió la puerta y el otro empujó al prisionero, que penetró, violentamente, en el interior del coche, teniendo que apoyarse en el asiento para no caer.

—Pasa delante — ordenó César a su amigo.

Joe se sentó ante el volante y Slack lo hizo detrás, al lado de Lam, apoyando la pistola en el costado izquierdo de éste.

— ¿Dónde vamos? —inquirió Joe, volviéndose, a medias.

—Tira a la derecha.

—Bien.

Aquélla era la dirección contraria de la ciudad.

Durante los primeros minutos de marcha y mientras Kirby buscaba la desembocadura del camino en la gran autopista, Walsh no despegó los labios, prefiriendo guardar silencio. Pero cuando el vehículo se lanzó, como una exhalación, por la ancha carretera, Lam preguntó:

— ¿No puedes decirme qué ha pasado, César?

El otro sonrió, mostrando sus dientes que lucieron un tanto, sobre todo los de oro, en la oscuridad.

—El jefe no quiere más tus servicios.

— ¿Por qué?

—Eso no me lo ha dicho.

Lam se mordió los labios.

— ¡Estás loco! —dijo, luego—. Yo he cumplido sus órdenes al pie de la letra y desde que estoy con vosotros he logrado más camiones que antes.

—Eso es cierto — intervino Joe, sin volverse.

— ¡Tú cierra el pico! — protestó César.

—Puede que tengas razón, aunque también has cobrado tu hermoso tanto por ciento. Pero, de todos modos, te habrás dado cuenta de que nunca hemos tenido demasiada confianza en ti — dijo, volviéndose a Lam.

—Y eso ¿por qué?

— ¡Pregúntaselo al jefe! Nunca te dejó entrar en la zona de la niebla, lo que demuestra que no halla en ti suficiente «trigo limpio».

Lo que ocurre es que yo soy nuevo en la banda, Pero he

demostrado trabajar mejor que vosotros.

— ¡No te hagas ilusiones, idiota! —gruñó Slack —. ¡Para lo que va a servirte!

Lam no dijo nada durante otra gran parte del trayecto.

Pero luego, notando que Joe encendía el dispositivo anti-bruma, inquirió:

— ¿Dónde vamos?

—Puedes saberlo. Estamos entrando en la zona da la niebla, por el camino que siempre utilizamos y que, hasta ahora, desconoce la policía. ¿No querías entrar en esta zona? ¡Pues ya estás en ella! Aunque...

Dejó la frase en suspenso, lanzando una cínica carcajada.

Después, dirigiéndose a Joe, le dijo:

—Para cuando te diga, Kirby.

—O.K.

La niebla se hacía cada vez más espesa por momentos y Joe tuvo que disminuir la marcha.

Inmóvil, en su asiento, Lam dejaba ir sus ideas, que eran más negras que el carbón, ya que se daba cuenta de los propósitos de sus «amigos» y sabía que, de un momento a otro, César daría orden de parar para empezar la fiesta.

Una distribución de plomo especialmente dedicada a él.

Se mordió los labios.

Estaba preguntándose, con rabia, qué motivos habría tenido el jefe para cambiar de proceder en tan poco tiempo. Y repasando su conducta, desde que pertenecía a la banda, no encontraba nada que justificase aquella decisión arbitraria desde todos los puntos de vista.

No quería morir.

Estaba demasiado aferrado a la vida para dejarse cazar de aquella manera, como un infeliz conejo. Y desde el momento en que penetraron en la zona de la niebla, su cuerpo adquirió una tensión completa, suma de la de todos y cada uno de sus músculos, disponiéndose a hacer algo, lo que fuese, para evitar que César le llenase las tripas de plomo.

Mirando a través del parabrisas y sobre todo en las curvas, que ahora se sucedían casi sin interrupción, se percató de que la carretera bordeaba una serie de depresiones, cuya profundidad desgraciadamente no conocía. Era muy posible que el fondo estuviere erizado de rocas o que, por el contrario, no fuese aquella rugosidad del terreno más que el resto de un río o el cauce seco de uno que se

hubiese convertido en un imperceptible arroyo.

De todos modos, no podía permitirse el lujo de elegir. Y cuando, de una ojeada, se dio cuenta de que la cerradura de seguridad no estaba echada en la portezuela, que tenía al lado, sus esperanzas crecieron en progresión geométrica.

¡Tenía que intentarlo!

Más que nada, y además de salvar la vida, por el placer de enfrentarse un día con el jefe, al que no conocía, para pedirle cuentas... de una manera un tanto especial

Se preparó.

Su mano izquierda se agarrotó, en espera de la orden que iba a llegar, de un momento a otro, de su cerebro.

¡Y llegó!

Un golpe seco en la muñeca de César, haciendo que el arma describiese una rapidísima trayectoria hacia el techo.

¡Pam!

El disparo le cegó, pero ya sabía que la bala se había clavado en él techo. Y sin perder tiempo, sabiendo que no sólo César reaccionaría, sino que Joe vendría inmediatamente en su ayuda, abrió la portezuela, lanzándose ciegamente al vacío.

La estrechez del camino, que casi ocupaba el vehículo totalmente, le hizo saltar directamente desde el interior al abismo. Pero aunque lo realizó de un salto prodigioso, a una velocidad formidable, un fogonazo estalló tras él, seguido de una detonación y una sensación de quemadura en la cintura.

Caía.

Desde arriba, el arma volvió a tronar, pero las balas pasaron lo bastante lejos para que Lam no las oyese.

Aunque ya no era capaz de oír mucho.

Una sensación horrible se apoderó de él. Y después de dar varios tumbos, chocando con objetos duros, perdió el conocimiento, antes de caer hacia la honda profundidad que la niebla cubría por completo.

* * *

Willy, el simpático barman del bar que había frente al imponente edificio de la Zimmer, colgó el teléfono, perplejo por la llamada que acababa de recibir.

Pero al recuerdo de la señorita Lambert, que venía cada mediodía a tomar unos bocadillos en la barra, dejó de fruncir el ceño, llevando una sonrisa a sus labios.

Luego descolgó de nuevo, marcando otro número.

Esperó, sin dejar de sonreír, hasta que la voz cantarina de la muchacha se dejó oír en el auricular.

— ¿Diga?

—Soy Willy, señorita Lambert.

— ¡Hola, Willy! ¿Qué hay de nuevo?

—Acaban de llamarla, señorita. Y me han rogado que le diga que baje a telefonear al bar.

Se dio cuenta, por la pausa que sucedió a sus propias palabras, de la perplejidad y extrañeza de la joven.

Era natural.

— ¿Es que no podían haberme llamado a la oficina? — inquirió ella.

— ¡Naturalmente, señorita! Eso es lo que le he dicho yo. Pero debe ser muy tozudo cuando me repitió que llamaría al bar dentro de diez minutos. Me recomendó que le dijese que se trataba de un asunto de sensacional importancia política..., me dijo que se lo repitiese así.

Ella no dijo nada.

— ¿Me oye usted, señorita? —inquirió Willy, extrañado.

—Sí, Willy, le oigo. Bajo en seguida.

—Bien, señorita.

Ella ya había colgado y él la imitó, diciéndose que, al menos, iba a tener la suerte de verla aquella tarde, una vez más, puesto que había estado almorzando y lógicamente no hubiera vuelto hasta el día siguiente.

Willy, desde que vio a la muchacha, experimentó una sensación completamente inédita para él. Por desgracia, su prometida —cerca de noventa kilos absolutamente respetables — se interponía entre lo que él hubiera deseado y su delgada y seca persona.

Momentos después, cuando Verónica penetró en el bar, Willy la miró con aquella especie de ridícula veneración con que lo hacía. Y ella, notando como siempre, la actitud del muchacho, que jamás dejó de ser, por otra parte, respetuosa, se acercó decidida al mostrador.

Verónica preguntó:

— ¿Ha llamado de nuevo?

Willy exclamó:

—No, señorita. Todavía no han pasado los diez minutos. ¿Quiere tomar algo? '

Verónica dijo:

—No sé...

Willy dijo:

— ¡Anímese! Voy a prepararle un «Manhattan» como los hacen en los Estados Unidos. Usted es americana y verá cómo le gusta.

Tomó la coctelera y empezó a mezclar los líquidos, pero sin dejar de echar ojeadas inflamadas a la joven que, vuelta casi de espaldas, fumaba un cigarrillo, hundida en personales reflexiones.

Cuando Willy le había dicho aquello de «Sensacional Importancia Política», ella había comprendido inmediatamente qué se trataba de un mensaje de la SIP, primeras letras de aquellas tres palabras. Una emoción intensa se apoderó de ella.

¡Ya era hora que Callowan rompiese el silencio que la había mantenido hasta el momento!

Tenía muchas cosas que comunicarle y estaba deseando hablar con él, esperando, sobre todo, algunas instrucciones, ya que desde que había conseguido huir de la casa, no sabía prácticamente qué hacer, puesto que se había roto, por culpa del revólver, el contacto que consiguió establecer con la banda.

Al sonar el teléfono, ella dio un salto.

Pero fue Willy quien descolgó.

Willy preguntó:

— ¿Diga?

Miró fijamente a la joven e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, está aquí..., un momento, por favor.

Cubrió el micrófono al tender el combinado a la joven.

Willy dijo:

—Es el de antes, señorita.

Verónica dijo:

—Gracias, Willy.

Volviose de espaldas al barman y con un tono de voz en el que filtraba perceptiblemente una sincera emoción, inquirió:

— ¿Diga?

Una voz sonó en el auricular, hablando deprisa, haciendo que el rostro de Verónica fuese cambiando de color, palideciendo al principio para tornarse rojo después.

El comunicante hablaba y hablaba, repitiendo ahora unos detalles que acababa de exponer momentos antes.

Y ella cuando el otro le preguntó si había entendido, contestó:

— Perfectamente, señor, así lo haré... he comprendido todo...

miraré el mapa… no se preocupe, señor… de acuerdo… bien… hasta luego…

Y colgó, sintiendo que las piernas le flaqueaban.

— ¡Ese «Manhattan», amigo mío! ¡Lo necesito más que nunca! — dijo después, volviéndose a Willy.

CAPÍTULO IX



ROCURÓ abandonar su despacho bastante antes, de modo a evitar que Zimmer le hiciera recordar que estaban nuevamente citados. Al salir del edificio, tomó un taxi, haciéndose llevar al hotel donde se puso un traje gris, pensando que sería lo que mejor sirviese para lo que deseaba hacer.

Lo del coche era un problema.

Pero, después de reflexionar unos instantes, decidióse a tentar la suerte, yendo a pie hasta el lugar donde la noche anterior había

abandonado el vehículo de Lam.

Tuvo la fortuna de encontrarlo en el mismo sitio, ya que había dado la casualidad de que lo dejó en una zona de aparcamiento normal. Cuando penetró en el vehículo y comprobó que las llaves seguían en su sitio, lanzó un suspiro de satisfacción, poniéndolo inmediatamente en marcha.

Dirigiéndose hacia el oeste de la ciudad, se detuvo, no obstante, antes de abandonarla, parando frente a una librería donde compró un mapa de baja escala de la región. Sentada luego ante el volante, mientras la noche empezaba a caer, estudió detenidamente el itinerario que debía tomar, decidiéndose, por último, a emprender la marcha.

Estaba emocionada.

Recordando lo que su comunicante le había dicho por teléfono, evitó el paso, por la carretera en la que la policía seguía manteniendo puestos de control. Tomó pues, francamente, hacia el sur, torciendo después, para separarse de la autopista, por un camino estrecho, que se dirigía directamente hacia la zona de la niebla.

La densidad de ésta era tan grande que se vio obligada primero a encender los focos anti-niebla y luego, por último, a disminuir sensiblemente la velocidad.

No tenía miedo, pero la impresión de aquella niebla no dejaba de excitar su imaginación, haciendo que lanzase, de vez en cuando, miradas temerosas a su alrededor.

El camino parecía interminable, sobre todo por la escasa velocidad que se veía obligada a permitir al vehículo.

Se detuvo dos veces para consultar el plano, diciéndose que debía estar aún muy lejos. Porque, en realidad, la niebla le impedía por completo encontrar punto de referencia alguno en el que orientarse.

Prosiguió a marcha.

Su comunicante le había dicho que saldría a la carretera, en un momento determinado, cuando ella llegase donde él se encontraba. Y así, esperando veri® de un momento a otro, miraba a través del parabrisas, intentando perforar el sucio muro gris que se extendía ante ella.

Iba a terminar de dar una de las curvas cuando una silueta se dibujó, borrosa e imprecisa, al lado del coche.

Frenó.

No le extrañó nada que su corazón latiese con más fuerza que de costumbre, sobre todo cuando él abrió la puerta, dejando ver su identidad, de la que aún dudaba ella.

¡Lam Walsh!

Se miraron, en silencio.

—Gracias por haber venido, señorita Lambert — dijo él después.

—Ya sabe usted que no me llamo así.

Lam dijo:

—Sí, lo sé… ¿se extrañó de mi llamada?

—Desde luego. ¡Jamás pensé que fuese un inspector de la SIP!

—Pues así era — sonrió él.

Pero ella, que no había dejado de pensar en lo ocurrido en la casa, desde que salió de Londres, le miró fijamente.

—Sé que debo ponerme a sus órdenes y le obedeceré en todo. Pero no espere que le dé la más pequeña muestra de simpatía.

Lam frunció el entrecejo.

— ¿Puedo saber a qué vienen esas palabras?

—Bien lo sabe usted: no creo que las bofetadas que me dio fuesen necesarias…

La sonrisa volvió a entreabrir los labios del hombre.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Es por eso? ¡No tiene importancia alguna!

—Pero sí para mí… Tuvo mil ocasiones de decirme que era usted de los nuestros.

—No podía hacerlo.

— ¿Y ahora sí, verdad? Cuando me necesita, todos los secretos pierden importancia.

Él frunció el ceño.

—Le ruego que no volvamos a hablar de esas minucias. Tenemos otras cosas, mucho más importantes y urgentes, de las que preocupamos.

Verónica se mordió los labios.

—De acuerdo, señor inspector. Puede empezar a dar órdenes.

—Bien. Lo primero que vamos a hacer es ocultar el coche un poco más abajo. Ya he buscado un buen sitio para ello. ¿Me permite que conduzca?

Ella le miró, fijándose después en el estrecho espacio que tendría que ocupar para dejarle pasar. Por eso, dispuesta a evitar que la rozase, abrió la portezuela de su lado, con el deseo de bajar y dar la vuelta al vehículo.

Pero él se lanzó sobre ella, cogiéndola fuertemente por el brazo.

— ¡Cuidado!

— ¡Suelte!

—No sea estúpida, Verónica. Hay un corte al otro lado y apenas si queda sitio para una persona. ¡Hubiese caído al fondo!

De todas maneras, ella se desasió,

— Gracias — repuso, con sequedad —. Pase ahora.

Se apretó sobre el asiento, dejando sitio para que él se colocase ante el volante.

Puso Lam el coche en marcha, recorriendo unos cien metros antes de tomar a la derecha, deteniéndose entre un grupo de árboles frondosos.

Apagó los focos.

—Ahora — dijo — tendremos que caminar unos doscientos metros por la carretera hasta llegar a un camino que nos llevará a la casa.

Ella estuvo a punto de preguntar de qué casa se trataba; pero prefirió decir que estaba bien.

Comenzaron a andar, juntos.

— ¿No habrá traído arma alguna, verdad? —inquirió él, al cabo de unos instantes.

— ¿Dónde quería que la buscase sin despertar sospechas? Además, si mal no recuerdo, usted no me dijo nada sobre armas.

—Es cierto.

Una nueva pausa se estableció entre ellos. Poco después, tomaban la dirección de la derecha, continuando por un camino sinuoso y estrecho. La densidad de la niebla, en aquel punto, era casi imposible de describir.

Lam se detuvo.

—Tendrá que darme la mano, Verónica; de otro modo nos perderíamos.

Ella dudó unos instantes, mirando a su alrededor.

Y dándose cuenta de que Lam había dicho la verdad, terminó, con un suspiro de resignación, tendiendo la mano hacia la que el hombre le extendía.

El contacto de la mano de Lam no dejó de impresionarle, pero se dominó, diciéndose que por muy inspector que fuese de la SIP, había obrado con ella de una manera no solamente grosera, sino absurda, puesto que le hizo pasar muchísimas angustias, cuando una sola palabra, revelándole su verdadera identidad, hubiese evitado todo.

Momentos después, cogida de la mano de Lam, notó que abandonaban el camino y que el suelo se hacía más blando y húmedo.

Una sensación húmeda le penetró por los zapatos, aunque ya se arrepentía de no haber traído impermeable, creyendo que el traje le bastaría, ya que no pensaba moverse del coche.

Anduvieron aún media docena de minutos antes de que él se detuviese.

—Hemos llegado — dijo, en voz baja sin soltarla de la mano—. La casa está, ahí al lado. ¿No ve la luz de las ventanas?

Ella hizo un esfuerzo, llegando, en efecto, a percibir una mitigada claridad en la niebla.

—Sí, la veo — repuso.

Tiró él nuevamente de su mano y a medida que se fueron acercando a la casa, la claridad se hizo más intensa. Lam se movió de manera a colocarse junto a una de las ventanas, la más grande, asomándose para luego decir a la muchacha:

—Asómese un poco, con cuidado. Y dígame lo que ve dentro.

Obedeció Verónica, pegándose al cristal, pero con el rostro casi oculto por el muro.

La habitación estaba elegantemente amueblada y había gente en ella. Vio a un hombre de edad, con los cabellos completamente blancos, una mujer, sentada a su lado, en otro sillón, no muy mayor, pero con el rostro plegado por prematuras arrugas. La mujer fumaba y parecía pensar en algo, ya que sus pupilas poseían una luz distraída y lejana.

Un poco más a la derecha, Joe, el coloso, estaba resolviendo uno de sus crucigramas. Y un poco más allá, ante una mesita, sobre la que había un vaso lleno hasta la mitad, César, con un cigarrillo entre los labios y los ojos entornados, estaba haciendo un solitario.

Ella se separó de la ventana, contando a Lam lo que acababa de ver.

— ¿No le recuerda nada el rostro de ese hombre?

— inquirió él.

—No.

—Hay una ficha suya en la Central — dijo Lam —. Si le digo el nombre es muy posible que le recuerde, así como a ella.

— ¿Cómo se llaman?

—Él es el profesor Curtis y ella es Lauren Patton.

— ¡No es posible!

—Sí. Nadie sabía que vivían juntos, pero fueron los mejores falsificadores de créditos hace unos años.

— ¿Y qué hacen aquí?

—Deme la mano y lo sabrá.

Obedeció la muchacha y ambos empezaron a dar la vuelta a la casa, hasta detenerse en la parte posterior, junto a un ventanuco, iluminado, a ras de tierra, que debía dar a un sótano.

—Eche una ojeada — le invitó él.

Soltándose de la mano, Verónica se inclinó para mirar por el estrecho ventanuco, viendo una gran sala en la que había cuatro grandes máquinas, cuyas ruedas giraban a una velocidad vertiginosa.

En el silencio de la noche y a pesar del fuerte cristal que cubría el ventanuco, pudo ella percibir la vibración que producía el susurro de los poderosos motores.

Volvió a incorporarse.

—No comprendo... — dijo, después.

—Yo tampoco comprendo mucho — repuso él —, pero apostaría mi mano derecha a que esas máquinas son las productoras de esta, niebla.

— ¿Es posible?

—No hay otra explicación.

Un silencio.

— ¿Y qué vamos a hacer? —inquirió ella.

—Volver junto a la otra ventana y esperar un poco. Todo depende de lo que pase luego. Vamos.

La cogió por la mano y regresaron al lugar donde habían estado antes, apostándose en la sombra y mirando, por tumo, para no cansarse, el interior de la habitación.

Estaba justamente observando Verónica cuando vio que César abandonaba los naipes para acercarse al teléfono.

— ¡Llaman al teléfono! —dijo a Lam.

—Déjeme, por favor — dijo el aludido.

Ella se hizo a un lado y él pasó, rozándola, sin darse cuenta; no obstante, la muchacha se estremeció.

Asomándose, Walsh vio que César seguía hablando por teléfono, colgando poco después y llamando al profesor, que se puso en pie, imitado por Joe, al que César hizo un gesto que le obligó a sentarse de nuevo.

Lam se volvió a la muchacha.

—César y el profesor van a salir —dijo, en voz baja —, como habíamos supuesto. Voy a ir tras ellos, ya que he descubierto esta tarde que la carretera principal pasa sólo a medio centenar de yardas de aquí.

— ¿Y yo?

—Me esperará aquí, sin moverse. Espero tener un poco de suerte, y eliminar a César, trayendo al profesor.

— ¡No haga eso!

Había levantado la voz y él le puso la mano sobre los labios.

— ¿Se ha vuelto loca?—inquirió, irritado.

—Perdone. Pero no puedo permitir que César muera. ¿O es que ha olvidado lo que hicieron con mi hermano?

—Lo sé, señorita Malone. No crea que tengo tan mala memoria; pero, ¿no cree que merece la muerte? ¿O es que desea ser usted quien acabe con él y con Joe?

— ¡Ojalá pudiera!

— ¿Entonces?

—He prometido y jurado que iría a presenciar su ejecución.

—Está bien — dijo, sonriendo —. Procuraré complacerle, aunque no puedo prometer nada.

—Gracias, de todos modos.

—Escóndase ahora allí, un poco lejos, para evitar que la vean cuando abran la puerta. Y no se mueva hasta que yo regrese...

— De acuerdo.

Momentos después, Lam veía al profesor, con una maleta en la mano, abandonar la casa, en compañía de César, que le precedía.

Empezó a seguirlos:

Ya conocía el camino por haberlo descubierto aquella tarde, después de lograr salir del fondo de la cañada a la que había caído. Todavía le escocía la cadera, que uno de los disparos de Slack había rozado. También tenía una buena, colección de morados, pero aquello era secundario.

Mientras seguía a los dos hombres, sonrió al pensar en Verónica y comprendió que ella le guardase cierto rencor, más que por las dos bofetadas que le había dado, por jugar con ella, haciéndose pasar por un «gangster», sin jamás decirle la verdad.

Pero no había tenido más remedio.

Cuando los dos hombres que le precedían, desembocaron en la amplia carretera, Lam supo que ya estaban bastante cerca del objetivo. Y, en efecto, poco después y a pesar de la espesa niebla, pudo adivinar, más que ver, los focos de los camiones que estaban detenidos un poco más adelante.

Apretando el paso, pero manteniéndose en la cuneta, avanzó, diciéndose que debía arriesgarlo todo, ya que ésa era la única manera

de conocer, por fin, la verdad. También se dijo que era muy posible que volviese para esperar al profesor y a César en la casa, mejor solución que la que antes había pensado. Así, ocupándose de la mujer y de Joe, podría esperarlos, tendiéndoles una trampa en la que caerían sin sospechar nada.

Estaba ya junto a los camiones y se echó en la cuneta, asomando justo la cabeza, para no perder detalle de lo que allí podía pasar.

El profesor se había detenido y un grupo de chóferes rodeaba a César.

Éste hablaba en aquellos momentos.

—Voy a pagaros, muchachos. Os dimos ya quinientos créditos de anticipo y ahora voy a daros otros quinientos, que completarán el resto

Sacó una voluminosa cartera y distribuyó los billetes.

Luego, uno de los chóferes, le dijo:

— ¿Y los camiones? ¿Dónde hemos de llevarlos?

—A ninguna parte.

— ¿Entonces?

César tardó un instante en contestar.

—No me gustan los preguntones, muchacho. Un centenar de metros más adelante hay una camioneta. Subid a ella y seguid la carretera, hasta llegar a Winkik. Preguntad, una vez allá, por el garaje de Lamsson. Dejáis la camioneta allí y os dispersáis, yendo a donde os plazca, excepto, naturalmente, a Londres. Tenéis dinero para pasar una temporada.

— ¡Y buena! —intervino uno de ellos.

—Una vez estéis sin un centavo, escribid al garaje, enviando vuestras señas. Entonces ya os tendremos preparados nuevos documentos de identidad y podréis volver a trabajar en alguna nueva compañía para estar dispuestos a trabajar de nuevo para nosotros. ¿Queda claro?

Todos contestaron que sí.

—Bien. Largaos ahora..., pero antes quiero advertiros que si uno de vosotros habla demasiado, sabremos encontrarle, como ya ha ocurrido con algunos que tuvieron la lengua demasiado larga.

No dijeron nada, alejándose.

Momentos después, el ruido del motor de la camioneta llegó hasta allí, perdiéndose en la distancia al alejarse.

César se volvió al profesor.

—Ya puede empezar.

—Bien.

Abrió el hombre la maleta, sacando dos cables que fue a adaptar a uno de los camiones. Volviendo luego junto a la maleta, que había dejado abierta, manipuló algo, haciendo que se produjese un murmullo insistente, como si un motor acabase de ponerse en marcha...

Y ante los asombrados ojos de Lam, ocurrió lo inesperado.

Parecía como si la niebla se hiciese especialmente mucho más densa alrededor de aquel vehículo; pero, en realidad, lo que ocurría es que sus contornos se iban borrando...

¡¡Hasta que el potente camión desapareció por completo!!

Lam había visto lo suficiente, diciéndose que, de una manera parcial, el famoso misterio había dejado de serlo.

Y como deseaba ganar tiempo, teniendo el suficiente para ocuparse de los de la casa, volvió sobre sus pasos, silenciosamente, aumentando su marcha cuando llegó donde el estrecho camino desembocaba en la carretera.

Poco después llegaba ante la solitaria y misteriosa casa.

Se dirigió al lugar donde había dejado a la muchacha.

— ¡Verónica! —llamó, en voz baja—. Ya estoy de vuelta.

Pero nadie le contestó.

Después de recorrer todos los alrededores, Lam se decidió a acercarse a la ventana principal, echando una ojeada al interior.

¡Se estremeció!

Porque Verónica estaba allí dentro, atada a una silla, con la ropa destrozada.

La mujer reía, con un largo estilete en la mano.

Y Joe, ante su periódico, parecía abstraído en su eterno crucigrama.

CAPÍTULO X



O viéndose capaz de quedarse entre aquellos matorrales donde Lam la

había dejado, Verónica los abandonó en cuanto el agente de la SIP se hubo alejado, dirigiéndose, directamente, a la parte posterior de la casa.

Tenía una idea y estaba dispuesta a ponerla en práctica, ya que estaba segura que sería el mayor éxito de su carrera de agente y que, al mismo tiempo, facilitaría enormemente la labor de Lam, demostrándole que no era tan inútil como él debía pensar.

Porque no dudaba de que Lam la despreciaba en su fuero interno, como tantos otros a los que había oído hablar de las mujeres, diciendo que eran incapaces de ser buenos agentes de la Spacial International Police.

¡Ya demostraría ella a aquel presumido de inspector lo contrario!

Deteniéndose junto al ventanuco del sótano, echó una nueva ojeada a las máquinas, cuyo rumor apagado le llegaba. Tanteó, después el cristal, diciéndose que era muy sólido, pero no irrompible.

No tardó nada en encontrar una afilada piedra de sílex, con la que empezó a golpear el cristal, segura de que los ocupantes de la casa y que seguían en la habitación de la parte anterior no podrían oírla.

Consiguió, después de una lucha tenaz, romper el vidrio, poniéndose a limpiar los bordes de la ventana por la que pensaba introducirse en el sótano, parar las máquinas y facilitar así la labor de Lam, ya que al cesar la niebla, la banda se encontraría en una mala posición.

Y fue entonces cuando dos brazos colosales se extendieron hacia ella y dos manos gigantescas la cogieron en vilo, llevándola por los aires hasta la puerta, después al salón, donde la ataron a una silla, en un abrir y cerrar de ojos.

La mujer le miraba.

— ¿Te das cuenta de que no me equivocaba? Oí un ruido y cacé a esta rata, que había roto el cristal del ventanuco del sótano — dijo él volviéndose.

— ¿Quién es?

—Debe trabajar para alguna banda que nos están buscando las cosquillas.

— ¿No vas a llamar al jefe para, decírselo?

—Es muy tarde ahora...

Miró a la muchacha y de repente se echó a reír.

— ¡Eres una chica muy lista! Y voy a necesitar tu ayuda hasta que César vuelva... ¡Tú me ayudarás! — agregó, dirigiéndose a la mujer.

Y le tendió un estilete.

—Puedes empezar cuando quieras con ella, sin hacerle mucho daño, si se niega a contestar. ¡Es una verdadera autoridad en crucigramas!

Cogió el periódico y empezó a preguntar a la muchacha. Cuando ésta dudaba, Joe hacía un gesto a la mujer que, con una cruel sonrisa en los labios, rasgaba el vestido de Verónica hasta rozarle la piel, donde la punta del estilete dejaba una huella sangrienta.

Joe reía a carcajadas.

—Veamos, preciosa, una palabra de siete letras que significa muestra de afecto y de cariño… ¿No la sabes?

La mujer ya había hecho funcionar el estilete y Verónica reprimió un grito.

—C-a-r-i-c-i-a — dijo entre lágrimas.

Joe soltó una risotada.

— ¡Fantástico! ¡Vamos a continuar!

* * *

Fuera, junto al cristal de la ventana, Lam, que había comprendido perfectamente lo que estaba pasando en el interior, se mordía los labios hasta hacerse sangre, maldiciendo no sólo el no tener un arma, sino el estar obligado a esperar que los otros dos regresasen.

Finalmente, incapaz de esperar más y temeroso de ser descubierto, echó a andar por el camino, ocultándose y rogando para que el profesor terminase cuanto antes de hacer desaparecer los camiones.

Cuando, quince larguísimos minutos más tarde, oyó los pasos que se acerraban, se incorporó, poniendo todos los músculos de su cuerpo en tensión.

Esperó.

Los pasos resonaron cada vez más cercanos. Y muy pronto, entre la mancha gris de la niebla, Lam vio al profesor que llevaba la pesada maleta y casi en seguida vio también la silueta de César.

No dudó ni un solo instante.

Lanzándose sobre el bandido, descargó en la nuca de éste un golpe con el canto de la mano en el que puso toda la fuerza de que era capaz.

Lanzando un gemido, Cesar cayó al suelo.

Sin perder el tiempo con él, Lam salió corriendo tras el profesor, que había abandonado la maleta y corría hacia, la casa. Una plancha digna de un campeón, hizo que el profesor se estrellase contra el

suelo, cuan largo era;

Con más suavidad, Lam repitió el golpe de judo que había aplicado al bandido. Y el hombre de ciencia pasó a la inconsciencia a una velocidad de vértigo.

Walsh se puso en pie.

Jadeaba por el esfuerzo que había realizado, pero estaba contento de haber podido despachar a los dos hombres en un tiempo récord.

Volviendo junto a César, hurgó en sus ropas, apoderándose de una pistola y un cuchillo. Luego le examinó, de cerca, sonriendo al ver que tenía, por lo menos, para una hora de sueño.

Se encaminó hacia la casa.

No tenía, plan preconcebido y estaba dispuesto a terminar cuanto antes. Sabía que el tiempo corría y necesitaba ultimar el asunto antes de que fuera de día, ya que queda lo más importante por realizar.

Junto a la ventana, vio cómo la mujer martirizaba cruelmente a Verónica.

Y fue entonces cuando no pudo resistir más.

Una rabia roja se apoderó de él.

Rompiendo el cristal con el cañón, disparó contra la mujer, dándola de lleno en la mano armada; luego, sin desear perder más tiempo, hizo fuego contra Joe, que se había puesto en pie y sacaba en aquel momento su pistola.

El disparo dobló al gigante en dos, haciéndole caer de bruces, retorciéndose, como un reptil, en el suelo.

Lam saltó por la ventana.

Antes de ir hacia Verónica y sin dejar de apuntar a la mujer del profesor, dio un puntapié a la mano armada de Joe, saltando la pistola lejos de su alcance.

Aunque estaba seguro que poco podría hacer ya.

Luego se acercó a la mujer.

— ¡Desátela! ¡Pronto!

Obedeció la otra.

— ¡Átela ahora a ella! —dijo a Verónica una vez ésta se vio libre.

La muchacha obedeció, sin osar mirar a la cara del joven. Pero cuando éste se acercó, deseando evitar loa reproches, con los ojos arrasados de lágrimas, le dijo:

— ¡No hace falta que me mire así! —gritó, en plena histeria —. ¡Sé que he cometido un error! ¡Que le desobedecí! ¡Que no valgo para nada!

Los sollozos la interrumpieron.

Lam esperó unos instantes, poniendo después las manos sobre los hombros de ella.

—No piense más en ello, Verónica..., todavía nos queda trabajo y ha de ser usted, precisamente, quien lo haga. ¿Quiere ayudarme a traer al profesor y a César hasta aquí, para atarlos?

Una sonrisa triste se asomó a los labios de ella.

—Perdóneme, Lam. Me he dejado llevar por mis impulsos.

—No tiene importancia.

Cuando volvieron, Joe se había torcido y puesto bocarriba. Tenía las manos sobre el vientre y la sangre se filtraba entre sus enormes dedos.

— ¡Eh! — llamó.

Se acercaron.

—Voy a llamar a un médico — dijo Lam, al verlo tan mal parado.

—No hace falta — repuso, el moribundo —. Sólo quería decirles que es una lástima que no me hayan dejado terminar el... crucigrama..., sólo faltaba una palabra... de tres letras... de tres letras...

No pudo más y su cabeza cayó hacia atrás, de golpe.

—Ha muerto — dijo Lam; luego, volviéndose hacia la joven, 1e dijo —: ahora escuche lo que voy a decirla para que lo ponga en práctica.

Ella le escuchó con atención.

* * *

Cookie Zimmer había dormido mal. Muy mal. Cuando no conseguía lo que se proponía, su sueño y su humor corrían pareja. Por eso, cuando el ayuda de cámara penetró en su habitación estuvo a punto de enviarle a los infiernos.

—Una señorita pregunta si puede recibirla. Ha dicho llamarse Verónica... — dijo el criado reverencioso como siempre.

Zimmer dio un salto, saliendo de la cama en pijama, lo que hacía parecer aún más ridículo.

— ¡Mi bata! — aulló.

—Hazla pasar aquí. Voy a peinarme un poco — dijo después, con una sonrisa.

Lo hizo y se perfumó, arreglando un poco el lecho y sonriendo todo si tiempo, seguro del triunfo final.

Momentos después, Verónica, con un traje flamante, aparecía en el umbral.

—Buenos días, señor Zimmer.

— ¡Pase, pase! ; Qué agradable sorpresa! Sobre todo después de la horrible espera de anoche.

—No pude venir, paro ya ve que soy de las mujeres que saben reparar sus pequeños errores.

Él había avanzado y cogiéndola de las manos la contemplaba, arrobado, sin saber qué decir.

— ¿Quiere desayunar conmigo?

—Es una hermosa invitación a la que no puedo negarme.

Acarició él sus cabellos, con mano febril, ordenando después al mayordomo que sirviese el desayuno allí mismo. Mientras lo tomaron, no soltó, ni una sola vez, la mano de la muchacha. Y después, inclinándose sobre ella.

— ¿Merezco, por fin, un beso, preciosa?

—Desde luego...

Verónica hizo lo posible por resistir aquella horrible prueba; pero en el momento que él se inclinaba para besarla, el teléfono sonó con insistencia inesperada, haciendo que Zimmer, asustado y sorprendido, diese un salto.

— ¡Imbécil! — exclamó.

—Conteste — le sugirió la joven con un suspiro.

Obedeció él, poniéndose pálido al oír la voz del comunicante.

—Soy Lam, jefe... y estoy en la casa con el profesor, su esposa, César, y el cadáver de Joe...

— ¡Un momento, Lam! Ahora no puedo..., tengo visita..., llegaremos a un acuerdo. Puedes pedirme lo que quieras.

—Está bien, jefe. Ya hablaremos.

Zimmer suspiró, volviéndose hacia la joven, con una sonrisa meliflua, que se borró de golpe, como por encanto, al ver que Verónica estaba en pie..., ¡apuntándole con una pistola!

* * *

—Pequeña — y la voz de Callowan era más suave que de costumbre —: cuando me pediste que te enviara a Londres, yo ya había tomado mis medidas, como dije a tu hermano. Cometimos algunos errores al principio. Por eso envié a Walsh, sabiendo que él lograría introducirse en la banda y poder así llevar a cabo su investigación «desde dentro».

— ¡Pero pudo advertírmelo!

—No, querida... En cuanto saliste para la capital inglesa, envié un mensaje a Lam, diciéndole que ibas para allí y que me respondía de tu vida. Yo estaba seguro que el recuerdo de las torturas sufridas por Jim iba a hacerte perder los estribos más de una vez.

—Pero...

—Lam, convertido en un granuja, procuró, en todo momento, salvarte de las garras de sus amigos... y de Zimmer, que era aún más peligroso que ellos.

— ¿Y cómo es posible que no supiesen que era el jefe?

— Lo sospechábamos y hasta hubiésemos podido detenerle cuando Lam descubrió que el teléfono correspondía a la casa de ese granuja. Pero teníamos que esperar a descubrir a los otros.

»Ahora ya lo sabemos todo.

»Zimmer recogió a la pareja de falsificadores que eran el profesor y su esposa, los cuales habían logrado escapar a todas las policías del mundo e incluso a la SIP. El profesor era un hombre muy inteligente y Zimmer, que tampoco era manco, no tardó en conseguir algo positivo de aquel cerebro privilegiado.

»Así se enteró que el sabio había descubierto un aparato, al que llamaba «transportador espacio-temporal», una verdadera maravilla, capaz de lanzar los objetos materiales al espacio, proyectándolos en un lugar determinado, sin que nadie pudiese verlos durante el trayecto, ya que los convertía en fotones; es decir, en luz, ni más ni menos.

— ¡Es fantástico!

—Desde luego. Así nuestras naves de la Space Patrol no descubrieron nunca nada y las mercancías, robadas, llegaban a Marte, a un lugar desde donde pasaban a la ciudad, produciendo pingües beneficios, ya que no pagaban derechos de Aduana.

— ¿Y la niebla?

—Ese aparato es mucho más sencillo, pero también original e importante. Se trata de un sincronizador de moléculas, que hace que éstas se agrupen, sólido y gas, consiguiendo una niebla como la que ustedes han visto. Así, acotando una zona, Zimmer conseguía poseer un campo de operaciones en el que nadie podía entrar, puesto que la niebla reinaba allí día y noche. Por otra parte, las compañías de seguros pagaban sus camiones y las mercancías no le pertenecían, pudiéndolas robar con entera libertad.

— ¿Y los chóferes?

—Eran pagados y tenían quietas sus lenguas, ya que la banda

mató a unos cuantos, para establecer en todos ellos un terror que sirviese de disciplina.

— ¿Por qué mataron a Johnny?

— Zimmer lo ha confesado: tuvo celos de él. Del mismo modo deseaba librarse de Lam, quien le quitó la ocasión delante de sus propias narices. Ya comprenderás, Verónica, que la ocasión eras tú.

»El dejarte escapar de aquella casa fue cosa de Zimmer, que dio instrucciones a César para que te dejase ir, antes de matar a Lam.

La joven se volvió hacia el agente.

— ¿Y por qué dejó usted la llave en el contacto?

— Porque deseaba que pudiese huir, Verónica. César y yo, sin saberlo, perseguíamos el mismo objetivo, por distintos motivos

—Comprendo.

—Bueno, muchachos. Esto ha terminado y es hora que me fume mi habano de costumbre. Hemos detenido a los chóferes, gracias a la lista encontrada en el garaje y también, por las declaraciones de Zimmer, a todos sus cómplices en Marte.

Verónica miró a su jefe.

— ¿Puedo preguntarle una cosa, señor?

Callowan asintió.

—Hábleme con franqueza... ¿cree que me he portado bien? —preguntó la joven.

—Maravillosamente.

— ¡No estoy de acuerdo, señor! —dijo Lam, interviniendo.

— ¿Qué quieres decir, Walsh?

—Que no se ha portado bien, que ha estado a punto de provocar la catástrofe y que se demuestra una vez más que las mujeres no sirven para agentes de la SIP.

Ella se volvió, hecha una furia, hacia el joven.

— ¿Puede decirme entonces, señor inspector, para qué sirven las mujeres?

Lam miró a su jefe.

— ¿Se lo digo, señor?

Donald dijo:

—Creo que debes...

—-Vosotras — dijo Lam, volviéndose hacia la muchacha —, servís para cuidarnos, para preparar nuestras comidas, para esperarnos al volver del trabajo... cuando hayamos presentado la dimisión de agentes porque hayamos comprendido que hemos encontrado, al fin,

la mujer más maravillosa del mundo…

—Pero… —balbució ella.

— ¿Es que no te estás enterando que te estoy pidiendo en matrimonio?

— ¡Oh, Lam querido!

Walsh guiñó el ojo a Callowan.

—Nos vamos, señor. Tenemos que dar la noticia a Jim, que se encuentra hecho un valiente. ¡Hasta la vista!

—Adiós.

Una vez fuera, ella se cogió del brazo de él, con fuerza.

Y cuando llegaban al ascensor:

— ¿Sabes una palabra de cuatro letras -— preguntó Verónica — que significa urgente necesidad femenina?

Él frunció el ceño; luego, se inclinó sobre ella.

—Sí — repuso —, «beso».

Y no dijo más.





¡USTED OLERÁ A PÓLVORA Y A «WHISKY»!

¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones del Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros anda ces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naden do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

Colección RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLUMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

Pero si lo ignora todavía...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡El misterio era impenetrable! Todo empezó con un...

CADÁVER EN EL ESPACIO

Una novela de JOHNNY GARLAND con un impresionante e inesperado desenlace.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIO[NES] TORAY

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

Todo el mundo sabe que Scotland Yard es la policía de Londres y que sólo en casos especiales, cuando la Metropolitana no puede resolver un caso, entra ella en liza, saliendo de sus atribuciones locales; algo semejante a la FBI, que no se ocupa de los asuntos de los Estados sino cuando las actividades criminales son de una clase espacial o se extienden por varios Estados.

[←2]

El «auto-radar. es un invento que no tardará en aplicarse a los vehículos, ya que procurará una seguridad que hasta ahora ha sido imposible conseguir. El aparato consiste en un emisor de radar, «limitado» a una distancia que es función de la velocidad. Va conectado con un sistema de frenos, de modo que detiene automáticamente el coche en el momento que la onda de radar vuelve al motor que la ha emitido. Se evitan así los choques de cualquier clase y en las peores condiciones meteorológicas. Su automatismo es tal que si el conductor, por cualquier causa, pierde el control de la dirección, el coche se detiene en cuanto el radar capte un reflejo próximo, (Nota del autor.)

[←3]

El «Equipo de Ejecuciones» formado por los formidables Doe y Daveira, que todos los lectores conocen ya, se ocupa de evitar gastos al Consejo Mundial, liquidando por su cuenta a los que cometen el craso error de atentar contra la vida o la integridad física de un agente de la SIP.